

x Páginas de la Historia

Por Marieta de Veintemilla

Capítulo Tercero

La palabra dictadura.—Proyectos de reelección.—El Ministro Vernaza: su traición y anonadamiento.—Dictadura de Veintemilla, proclamada por el pueblo.—Montoneras del Norte.—Triunfo de Pisquer.—Aborto de la conspiración terrorista en Quito.—El designado don Leopoldo Salvador.—Desastre de Quero.—Salazar y Sarasti.—Humillaciones del designado.—Encárgase del Poder don Francisco Arias.—Preliminares de la lucha.

I



ANTES de juzgar a los hombres, penetremos en el espíritu de la época, único medio de pronunciar acerca de ellos, un fallo acertado e imparcial.

La observación que ha aclarado tantos misterios, sorprendiendo hasta los secretos de la naturaleza, es

la que contribuye poderosamente a determinar el lugar que a cada cual le corresponde entre sus semejantes. Preciso es estudiar las necesidades de los pueblos, a la vez que los acontecimientos, analizar los sistemas de gobierno y desentrañar los hechos, para juzgar con espíritu recto a las personas que intervinieron en ellos, o han marcado su rumbo político originario.

Hacer caso omiso de las buenas acciones de un hombre, para calificarle, invocando un término odioso y genérico, es constituirse en anticipado enemigo de la justicia.

Fingiéndose idólatras de las ideas, ciertos escritores ecuatorianos, han atacado a Veintemilla, duramente, porque se llamó Dictador; lo cual no deja de ser una superficialidad bien triste, ante la carencia absoluta de razones para ofenderle.

Los enemigos de un régimen cualquiera, hallan siempre en la significación de los títulos, manantial abundante de protestas y acusaciones. Así fue en un tiempo, para la Francia, revolucionaria, el delito mayor, ser conde o marqués, sin que valiese a los titulados de este modo, para librarse del suplicio, tener un corazón el más patriota, más generoso y más bueno.

Digamos con un grande escritor:

“Cosa de teólogos es estimar a los hombres, no según sus actos y su carácter sino conforme a sus dogmas teológicos. Otro camino está indicado para el historiador y el filósofo. Bueno es que juzguen a los hombres según sus acciones y de ningún modo según sus formularios revolucionarios, pues sabemos por experiencia propia que dichos formularios las más de las veces, no pasan de los labios.”

Empero, lánzase como estigma fatal la palabra Dictadura, cual si se vislumbrara tras de ella, la corrupción y tiranía del imperio Bizantino, sin más examen dáse por algunos el fallo adverso.

Y he ahí por eso, a la dictadura de Veintemilla, convertida con tantas otras en un monstruo; pero, en un monstruo de retórica pura.

II

Dirigiéndome yo al Ecuador, no a los fanáticos, examinaré la Dictadura con un solo apasionamiento: el de la justicia.

No siendo mi intento buscarle apologistas, ni tartufos políticos estrechados por el marco de hierro de sus miras, hablo con los hombres libres, capaces de penetrar sin rencor, en el espíritu de esa autoridad ilimitada pero transitoria, y cuyos fines no son iguales en todos los hombres que la mantienen.

¿Quién puede sin previo examen, imponer a la conciencia pública un caprichoso y por lo mismo absurdo veredicto? ¿Quién puede formar una sola masa de tan diversos elementos y de tan contrarios principios? La confusión, los términos absolutos, desnaturalizan la historia. No es posible envolver en una frase oscura lo que el criterio imparcial vuelve haces de luz y de enseñanza práctica.

El capitán General Ignacio de Veintemilla, aceptando la palabra dictadura para la conservación del partido liberal y sin apartarse un instante de las leyes que promulgó en 1877, será considerado como un déspota?

Inútil sería repetir cuánto se ha dicho en pro y en contra de esta autoridad impuesta, no por la ambición de un caudillo, sino por la fuerza misma de los acontecimientos.

III

Pasemos a los hechos.

El período constitucional del Presidente Veinte-

milla, tocaba a su término, era pues, necesario, fijar el que debiera reemplazarle. Veintemilla esperaba.

Su partido no podía ser aún, más fuerte que el viejo terrorista, cuya larga dominación había fanatizado por completo el interior de la República. Mas, el primero, tenía un jefe que hacía frente a todas las eventualidades.

Llegó el momento en que debía transmitir el poder; pero ¿Dónde estaba el intrépido sucesor que desafiando el peligro siguiera el impulso dado a las ideas liberales recientemente expandidas en el Ecuador?

Veintemilla había comenzado a constituir seriamente, el partido liberal. Los hombres dignos del partido conservador y radical, que habían encontrado en él su verdadero Jefe, no tenían aún el suficiente aplomo para la lucha. Vínculos de familia y de antiguo compañerismo, ofrecían para la libertad, un peligro en lo remoto.

Ni cómo elegir un radical sin que el partido conservador, potente aún, se levantara cual airado tigre para destrozarle en su cuna?

Más tarde, en el 9 de Octubre, a la caída de Veintemilla, palpóse la verdad de estos presentimientos.

García Moreno elegía pupilos. A la menor señal de independencia, arrancábales el poder que les confiriera él mismo, logrando por este medio dominar diez y seis años el Ecuador. Mal caballero, tampoco podía ser buen mandatario.

Otros gobernantes sin la energía de García Moreno, cosecharon los menguados frutos de la ingratitud en sus tenientes.

El sistema de pupilaje gubernativo, engendra el odio o el ridículo; a no ser que los partidos estén también organizados, que cada miembro importante pueda a su vez, constituirse en jefe, sin apelar a la traición o al engaño.

Y no siempre de los partidos recientes, sale un hombre capaz por el carácter o la inteligencia, de suceder al que principió la obra magna de fijar sus ideas en el inseguro campo de la administración.

Tratábase en consecuencia, de la reelección de Veintemilla.

¿Qué tenía de extraño este propósito?

Los partidos más poderosos la han adoptado. Hoy mismo en la gran República del norte y en las del Sur, menos atrasadas, pónese en experiencia el calculado sistema que nos ocupa.

¿Por qué pues, esos dardos dirigidos ciegamente al que no podía ser usurpador en el hecho? ¡La dictadura! contestarán algunos con acento melodramático, llevando las manos a una cabeza que no sería ciertamente, tronchada por el dictador.

Mas, no era preferible esa dictadura nominal, momentánea, aceptada tan sólo por la salvación de un partido a una ley que impusiera la reelección de la que podría abusarse hasta lo infinito?

Veintemilla llevó su buena fé en la convención de Ambato, a un grado tal, que pudiendo hacer sancionar la ley de reelección, fue el más opuesto a élla, pues no creyó entonces, en la necesidad que engendró después su proceder, sólo en la apariencia contradictorio.

Los liberales se lamentaron tardíamente de esa rarísima fidelidad a su credo.

He aquí por qué no puede atribuirse a Veintemilla la sórdida ambición que no repara en nada, y que tiende siempre a prepararse un camino sobre toda consideración política y hasta humana.

IV

No han faltado quienes dijeran que Veintemilla se hizo así mismo la revolución.

Tan chocarrera frase que no merece los honores de una refutación seria, deja sin embargo un rescuicio a la credulidad inocente.

Apelar al recurso extremo de la dictadura en resguardo de las mismas leyes promulgadas en Ambato, y que iban a quedar sujetas a un cambio, lejos de ser contrario al pensamiento de Veintemilla, era su solución más lógica frente a un peligro que todos secretamente reconocían.

El Presidente Constitucional, se habría hecho así mismo la revolución, cuando desconociese lo hecho en Ambato, cambiando leyes liberales y justas, por otras miserables y acomodaticias, al asumir la Dictadura de Marzo.

Pero, dejando en pie todo el edificio Legislativo anterior, antes bien, constituyóse en guardián de lo que no tardaría en caer por el suelo a los golpes reaccionarios de los que sólo tuvieron amor a lo hecho bajo la fatídica sombra de García Moreno.

Así, pues, el primer decreto dictatorial fue declarando en vigencia la constitución de Ambato.

¿Hay precedente alguno en la historia del Ecuador que honre más a un caudillo? Ante declaración semejante osan hablar aún los que llaman tirano a Veintemilla por sarcasmo, cuando si algo le faltó para sostenerse fue, precisamente, el empleo de la tiranía!

Su patriotismo exaltado, hízole creer que cuatro años de gobierno eran suficientes para el lleno de su tarea moral y regeneradora.

Mas, por desgracia, era difícil desterrar en tan corto tiempo, los males cimentados por el oscurantismo terrorista.

V

Quando Veintemilla juzgó de todo punto necesaria su reelección, aceptóla ya sin reserva, creyendo

posible concluir en otro período igual, la obra emprendida y expuesta por entonces, a quedar en una suspensión que la destruía.

Conocido antes como Dictador y por lo mismo justipreciado, no podía arredrarle este título, que lejos de dañar la limpieza de sus propósitos, poníale en el caso de manifestarlos todavía mejor.

Despojemos a los más célebres magnates de la resolución y audacia que les sostuvo en el poder y tendrémosles rebajados, pero en mucho, del legítimo nivel en que les coloca la Historia.

Arrebatemos el poder absoluto de las manos de Veintemilla, y veremos en él, simplemente, al campeón de la libertad. Más aún, preciso es reconocer los nobles sentimientos de su alma, que paralizaron el brazo siempre terrible de un dictador; sentimientos que le dominaron en el mando hasta el punto de comprometer la misma seguridad de su persona.

¿A quién fusiló Veintemilla de entre los muchos que le hubieran asesinado por lograr sus prodicatorios fines?

¿Qué bienes arrebató a los contrarios, so pretexto del mantenimiento de la fuerza?

Dictaduras que pasan como céfiros de la primavera sin arrancar las hojas de los árboles, no son tales dictaduras.

Aires huracanados absolutistas, barren sin embargo, muchos países, bajo hipócritas nombres de gobierno y denominaciones poco atrevidas.

En nombre de la Constitución se ha fusilado a muchos inocentes.

El cumplimiento de una ley ha servido de pretexto para mil iniquidades, entre esos mismos que acusaron a Veintemilla como tirano.

Si algún despotismo ejerció el caudillo liberal, fue sobre el propio miedo de todo mandatario, que le aconseja a éste, las medidas extremas. Tiranizando

su soberbia y enojo, hizo para más tarde la tranquilidad de su conciencia.

Algunos han tratado de hacer aparecer como consejeros de la dictadura, a subalternos cuya única importancia fue la consigna recibida, y que no tenían en lo absoluto iniciativa para mayores cosas.

Dejemos a los espíritus débiles, entregados al ambiente de su nulidad; no les importunemos atribuyéndoles una superioridad de la que temblarían, lejos de envanecerse!

VI

Antes que concluyera su presidencia, quiso el Capitán General Veintemilla, visitar la ciudad de Guayaquil.

A principios del mes de Marzo, cumplió con este deseo, dejando el poder en manos del designado señor Leopoldo Salvador y sus Ministros; habiendo nombrado como Comandante en jefe del ejército del interior, al Ministro de la Guerra, General Cornelio E. Vernaza.

Los terroristas aprovecharon de la situación difícil en que se veía colocado el gobierno, al apelar a una medida extrema, por reelegir al jefe del partido liberal.

Siendo favorable el momento, para llevar adelante sus tenebrosas maquinaciones, pusiéronse de acuerdo con el General Vernaza. Este aceptó los ofrecimientos sin demora.

El mal amigo, creyó fácil la empresa, dándole la ausencia de Veintemilla, bastante ánimo para ponerla en planta. Quiso, pues, constituírse en cabeza y nombrarse, según algunos, Dictador, y según él, simple jefe superior; como si el título que invistiera pudiese cambiar el carácter de su felonía.

El partido conservador preparábase a declarar la ciudad en estado de sitio, invocando el Terror en su servicio y señalando de antemano sus víctimas. Replegado como la pantera en la oscuridad de su cueva no aguardaba sino el momento propicio, para saltar al cuello de sus enemigos.

VII

Pero, alguien velaba por Veintemilla.

Mientras éste residía en la capital, poco o nada preocupábame yo de la política.

La misión mía era bien diferente. Como todas las mujeres nacidas en el desahogo y dotadas de un corazón no egoísta, procuraba aliviar las amarguras de cuanto infeliz demandaba un socorro, haciendo valer la proverbial largueza del jefe de mi familia.

Ausente el primer magistrado de la República, llegó a mis oídos la famosa conspiración terrorista, cuyo caudillo era ¡oh escándalo! El Ministro de la Guerra General Cornelio E. Vernaza.

¿Mas, qué podía yo hacer en tales circunstancias? Sentíame capaz de arrostrar todo peligro y sin embargo, debía guardar reserva hasta el último, para evitar así la burlona sonrisa con que el mundo, no escaso de fundamento, acoge las enérgicas resoluciones de los que considera débiles.

No obstante, mandé un comisionado a Guayaquil, para que instruyera a Veintemilla del peligro en que nos encontrábamos y ordenara lo conveniente.

Pero, los conjurados se daban prisa.

Alentado Vernaza, considerándose dueño de un ejército autómatas, manifestó sus designios a Salvador, con la autoridad del hombre que se cree árbitro de la situación.

Digna de alabanza fue, entonces, la conducta del Designado.

En tan pocos días que ejercía su autoridad, érale imposible conocer la índole de los que le rodeaban.

Llevóse de los acertados consejos del Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Francisco Arias, cuya natural probidad era un seguro valuarte contra la traición.

Vernaza vióse desairado por el cuerpo de gobierno, mas, no se desanimó. Ufano con el plan maquiavélico que había forjado, miraba a los que no eran de su agrado o no querían compartir con él de tan nefanda empresa.

Escudado, sin embargo, con el nombre de Veintemilla permaneció en seguro hasta el último instante y creyó que le sería dado negar su culpa en caso necesario, y aparecer como el mejor de sus amigos.

Salvador y sus Ministros, comprendían el peligro, y ansiosos esperaban las órdenes que impartiera el Presidente; órdenes enérgicas que cortaran el vuelo de un subalterno ensoberbecido por la distancia.

VIII

En la madrugada del veinte y seis de Marzo de 1882, desfilaban silenciosamente los batallones de artillería e infantería, por las calles de Quito. Eran las tres de la mañana, cuando se encontraron reunidos en la Plaza Principal.

Sólo faltaba allí la Columna 16. El Coronel Juan N. Navarro que la comandaba, era amigo personal del Designado. Comprendiendo lo que significaban aprestos tales, dirigióse a casa de éste, en vez de acudir al lugar citado.

Así quedaba fraccionada una parte del ejército. Como Vernaza hubiese dispuesto el desfile en el mayor silencio, ninguna persona extraña al movimiento, percibió la marcha de los soldados,

creyendo éstos y algunos de sus jefes, que se trataba de un plan acordado con el Presidente.

Pero, yo, que permanecía despierta a la cabecera de mi tía la señora Rosario de Veintemilla, a quien amé con la ternura de hija, y que padecía entonces una cruel enfermedad que la llevó poco después a la tumba, me fijé en las nocturnas carreras de Vernaza.

Díle tiempo para que concluyese con sus preámbulos, resolviendo yo, interiormente, la manera de paralizar el golpe.

IX

El Ministro de la Guerra había hablado de su proyecto al comandante Antonio Almenada, jefe del Batallón 26, y a dos o tres oficiales más, que se mantenían a la simple expectativa.

Una vez en la plaza, dedicóse a conquistar a los que le quedaban.

Cuando algún subalterno manifestaba estrañeza por lo que ocurría, Vernaza contestaba:

—Son órdenes secretas; el ejército debe ser el primero, antes que el pueblo, en proclamar Dictador a Veintemilla. Forzoso es aguardar la mañana aquí.

Juzgando que ya era tiempo, salí del Palacio. Los soldados de la guardia querían todos acompañarme. Me opuse a ello y ordené que me siguieran solamente dos.

La noche estaba clara a pesar de que la luna no había hecho su aparición. Las estrellas enviaban, desde la celeste bóveda, un brillo fosforescente. Luciérnagas del espacio daban una poesía extraña a la población, envuelta en esa semioscuridad que deja la mortecina luz de los faroles.

Pronto llegué hasta las primeras filas de soldados en un ángulo de la plaza.

Atónitos, mirábanme al principio. Mi vestido blanco debió despertar en ellos su natural supersticioso; pero, los faroles que iluminaban mi semblante, cuando estuve algo más cerca, destruyeron esa ilusión a que prestaba la noche su concurso.

—¡La niña, la Señorita!—repetían—¡La hija de mi General José!

De boca en boca corrían estas palabras y llenos de interés cariñoso, me preguntaban:

—¿Para qué ha venido?

X

El Ministro de la Guerra y los Jefes ocupaban el centro de la plaza. Los jardines laterales impedían que notasen mi aproximación.

Sin preocuparme de ellos, me acerqué a los soldados.

En la fisonomía de estos hombres veíase un interés, mezcla de curiosidad y de ternura.

—Vengo— les dije, a prevenirles que Vernaza es un traidor. Todo esto es una indigna farsa.

Un movimiento sordo agitó esa muchedumbre armada, sintiéndose el ruido de las culatas contra las piedras.

El prolongado grito de ¡Viva mi General Veintemilla! escapó al fin del centro de la tropa, por única contestación a mis palabras.

Vernaza que ya había notado el alboroto en las filas, acudió a ese lugar, percibiendo con rabia, el eco atronador de los vivas.

Al verme, palideció intensamente. Este cambio de fisonomía era sensible en la media claridad del crepúsculo, notándose en el Ministro de la Guerra al mismo tiempo, todos los signos de la perplejidad.

Mi actitud debió hacerle comprender el peligro en que se hallaba, pues vió, también, que los soldados estaban listos a obedecerme de hecho.

Sin embargo, creí bastante poderosa mi presencia para deshacer sus planes, sin tener que apelar a un derramamiento de sangre.

La decepción más amarga, era el inmediato castigo que le preparé allí, no teniendo yo entonces la suficiente resolución para proceder contra él, como debe procederse en estos casos, con los traidores.

—Con qué orden ha hecho Ud. salir al ejército— le pregunté.

—Con órdenes secretas respondió— tartamudeando.

—¡Mentira! es usted un falsario—, repliqué, a lo que él agregó:

—Es a su padre a quién proclamo. Soldados. ¡Viva el general Veintemilla!

Al oír este nombre resonaron prologadas aclamaciones.

Los jefes y oficiales comprometidos por Vernaza, fueron los más acalorados al manifestarme su adhesión.

Yo aparenté creer en sus palabras, comprendiendo que éstos debían ser los primeros enemigos del atribulado Ministro.

Ni jefes ni subalternos me causaron inquietud. Los soldados amaban al presidente, y fuerza era que obedeciesen sólo las órdenes dictadas en beneficio del caudillo a que habían jurado antes fidelidad.

Yo les había dado el alerta, y era suficiente esa voz, para concluir con las indignas tramas de Vernaza.

XI

Entretanto yo no podía saber lo que ocurría en el palacio.

Cuando salí de allí, ninguna persona notable del gobierno se presentaba aún a investigar lo ocurrido.

—Voy al Palacio para regresar nuevamente—, dije en voz alta a la tropa, tomando la dirección indicada.

Así que hube penetrado en los salones, encontré ya a todos, presa de la más grande inquietud.

—No hay temor— les dije; Vernaza no puede hacer suyo el ejército por más que le haya manejado desde la altura del Ministerio, y permanezca a su frente.

—Y si no ha manifestado abiertamente su rebelión, aún sería tiempo de que vinieran a reunirse con el gobierno— dijeron algunos tímidamente.

¿Pero, quién desempeñará la comisión de traerlo?—Agregaron otros—

Yo había comenzado la obra; necesario era que la concluyera dignamente.

—Nadie irá sino yo sola— díjeles con energía, saliendo resueltamente y sin escuchar sus exclamaciones.

XII

Los mismos soldados del principio me acompañaron.

La última esperanza de Vernaza era una conflagración militar.

Había con tal objeto despertado la animadversión del ejército contra el Designado, haciéndole creer que deseaba proclamarse dictador con el batallón y el cuerpo de guardia que estaba a sus inmediatas órdenes en el palacio. Peligrosísima habría sido la presencia de cualquiera de los miembros del gobierno, en la plaza.

Nuevamente me presenté allí.

Esta vez, lejos de sorprenderse los soldados, manifestáronme la más grande satisfacción con las voces de —mi niña, mi jefe, mi generalita— que se hicieron más repetidas más adelante.

Me dirigí a Vernaza con estas palabras:

—Si usted no es un traidor y proclama a Veintemilla, vaya al palacio a reunirse con el gobierno, donde se les espera.

No puedo: el gobierno me ha despreciado, contestó.

Yo no pude entonces reprimir un movimiento de indignación y tomándole del brazo le sacudí con fuerza a tiempo que le decía:

—Ya descubriremos la verdad en presencia de aquellos a quienes usted calumnia.

El Ministro nada podía. Cualquier orden dada contra mí, habríale costado la vida, pues algunos veteranos servidores antiguos de los Veintemilla, me dijeron significativamente al pasar:

—¡Todo por el general, todo por ella!—

Listos y cuidadosos seguían mis pasos, resueltos a proceder a la menor indicación de mi parte.

En el momento mismo de la negativa de Vernaza oyóse la voz del Coronel Juan M. Navarro, que vivaba al Designado en palacio.

Esta imprudencia hizo volver en sí a Vernaza que exclamó ¡Lo ven! En palacio se proclama dictador al Designado . . . Yo me encaré con los soldados y les dije:

—En palacio está la familia de Veintemilla con el Gobierno. Yo respondo por su fidelidad. Voy allá a asegurar también la firmeza de ustedes.

Los soldados repetían mis palabras con acento de convicción. Como se vé, esta explicación oportuna nos libró de un choque cuyos resultados sangrientos harían la eterna condenación del intrigante a quien Veintemilla confió la superior dirección del ejército.

Pero, creyendo más necesaria mi presencia entre los que acababan de comprometer la situación con estemporáneos gritos, regresé por segunda vez al palacio, después de que hice comprender a los soldados, y al jefe de artillería comandante San Andrés, lo mismo que a ótros, el motivo por qué, me

alejaba. Les indiqué al propio tiempo, cuál debía ser su procedimiento, pues yo no quería dar órdenes contra Vernaza, esperando que fuese éste llevado al palacio por un acto espontáneo del ejército que le repudiaba.

Cuán necesario había sido mi regreso al palacio. Encontré tan exitados los ánimos, que nadie podía entenderse. Todos daban órdenes entrecortadas. Quién mandaba la columna entera para batir a Vernaza, quién una sola compañía, llegando el coronel Juan M. Navarro hasta el extremo de pedir que tomaran presa a la esposa del general rebelde.

El Designado hallábase perplejo. Su reciente autoridad poníale en la situación del que opera en un terreno desconocido.

En cuanto a los Ministros, Arias e Icaza, manteníanse serenos y dando siempre muestra de su dignidad característica.

XIII

Los ineptos son los más implacables críticos. Nada ignoran. Cuando los hechos se han consumado, es que saben lo que debía hacerse anteriormente. Son, por lo tanto, más grandes que Aníbal, que Napoleón y que César, pues estos capitanes, si se revelaron grandes, fue en sus luchas contra lo desconocido y en su serenidad ante lo imprevisto que sólo sabe dominar el genio.

Las explicaciones y críticas posteriores a cualquier suceso notable, tienen siempre bastante de ridículo para las personas cuerdas.

¿Quién no es sentencioso después de resuelta una duda que no admitía antes categórica definición?

Es tan fácil decir, ¡eso era malo cuando ello se reveló malo en los hechos!

Para los que no tenían fé en la lealtad del ejército, puesto a prueba en esos momentos, ¿qué se podía hacer no contando el Gobierno sino con una columna de doscientos hombres y la diminuta guardia de Palacio?

La amarga crítica contra el Gobierno de esas circunstancias, no puede ser justa, atribuyendo a inepticia el natural desconcierto de los mandatarios, frente a un peligro tanto más grande, cuanto menos esperado por los que confiaban en la delicadeza de su compañero y gran amigo de Veintemilla, el General Cornelio E. Vernaza.

XIV

Notando yo la falta de unidad en la acción gubernativa, cerré las puertas de los salones del Palacio, con estas palabras:

—Aquí dentro que se ordene cuanto se quiera; nada se hará hasta que aclare el día.

Percibiendo luego el movimiento de aprobación que hizo el Ministro Doctor Arias al oírme, tomé las disposiciones convenientes para que ningún soldado saliese del Palacio.

Esta quietud de parte del Gobierno acabó por desesperar a Vernaza, que no pudo seguir la farsa de la Dictadura del Designado.

Volvió a la conquista con que había comenzado, para lo cual quiso alejarse de la casa de Gobierno.

Los jefes le impusieron su voluntad, dirigiéndose a San Francisco y manifestándole que no deseaban estar lejos del Parque.

Vernaza obedeció fingiendo que accedía gustoso.

En el camino encontraron una mujer del pueblo.

Vernaza dió orden de que hicieran fuego, aparentando ver en ella una sombra sospechosa. Los soldados no le obedecieron.

Una vez en San Francisco, habló a todos los jefes. El Comandante Francisco Morales segundo jefe de la artillería, púsose a la altura de un militar caballeroso. Con su ejemplo desplegaron igual energía los demás.

Vernaza vióse perdido, pero esperaba que esa situación en que había colocado al ejército, impediría la reunión del pueblo, que quiso proclamar la dictadura.

Noticiados los nuestros del nuevo movimiento de Vernaza, hacia San Francisco, sintieron grande alarma; pero levantando la voz dije:

—Vaya donde quiera Vernaza, yo respondo por el ejército—. Nadie se mueva de aquí.

XV

De momento en momento, llegaban oficiales pidiendo que saliera la columna y la guardia a encontrarse en la calle de la Compañía con el ejército que deseaba cuanto antes volver a sus cuarteles.

Siendo tan justo este pedido que no humillaba a ninguno, accedió gustoso el Gobierno.

Salieron el Comandante General Pablo Echeverría y el Coronel Juan M. Navarro, al frente de la columna 16 y la guardia de Palacio.

Desde que se divisaron de una y otra parte, gritaron, Viva el General Veintemilla, apresurándose luego, a darse un estrecho abrazo.

Vernaza fue conducido al Palacio como un reo en medio del mismo ejército que había pretendido corromper.

Cuando yo penetré al salón, encontréle tratando con altisonancia de defenderse.

Le miré con tanta indignación, que el ex-Ministro bajó la cabeza inmediatamente cortando su discurso.

—¡Y osa hablar todavía!— fueron las palabras que le dirigí aumentando su repentina perplejidad.

Por un resto de contemplación, el Designado, le invitó a firmar el acta que proclamaba dictador al Capitán General Ignacio de Veintemilla; acta que el mismo Vernaza había redactado con anterioridad.

Negóse a ello el Ministro caído, demostrando siquiera en esto, un falso pero habiloso rasgo de dignidad.

El Designado Salvador al ver su negativa, se indignó, increpándole con energía su pérfida conducta y ordenando inmediatamente, su prisión.

XVI

Y he aquí las declaraciones tomadas a los jefes en la sumaria información.

“El ex-General Cornelio E. Vernaza en su declaración preventiva, fojas 45 a 46 dice:

“Que en la madrugada del 26, sacó los cuerpos de sus respectivos cuarteles por su orden exclusiva: Que sabe hay declaraciones contra él, atribuyéndole proyectos ambiciosos; pero que dichas declaraciones son calumniosas, y que lo único que quiso fue que se le nombrara Jefe Superior: que envió a su ayudante Rendón con dos compañías para que incorporase la guardia de S. E. el Designado, y que si no querían abrir la puerta, la forzaren; pero que esa orden fue simulada.

El Teniente Coronel José Marto Sanandrés, entre otras cosas, de fojas dos a seis vuelta, dice:

“Que el General Vernaza le dijo: que el señor Designado trataba por medio de grandes pelotones de gentes del pueblo oponerse a la proclamación de la Jefatura Suprema del General Veintemilla y que por ese motivo los jefes y oficiales que se hallaban presentes aceptaron las disposiciones de Vernaza, quien ya en San Francisco, dijo al Mayor Morales en presencia de varios Jefes y Oficiales: “Señor

Comandante, la revolución es un hecho, y hay que sostenerla, la familia Veintemilla nos ha despreciado, y me parece mejor: la revolución es hecha por mí.”
¿Está Ud. con mis ideas?

El Sargento mayor Juan Francisco Morales, de fojas 11 hasta 17, entre otras cosas dice:

“Que Vernaza arengó a los cuerpos de un modo subversivo, recordando sus proesas militares y asegurándoles que el triunfo era seguro, porque tenía cabeza y corazón, y que luego descubriéndose completamente le dijo: “es que la revolución es para mí y nó para nadie”. Y que luego trató de seducirle diciéndole que “entre el general Veintemilla y él, Vernaza, había tanta diferencia como la que existe entre Quito y Guayaquil.

El Teniente Coronel Rafael Zambrano, el sargento mayor graduado Francisco Cabeza de Baca y el Capitán graduado José Arteaga, de fojas 7 a 11, de 30 vuelta, a 31, de 31 a 32, entre otras cosas, confirman lo dicho por Morales y Sanandrés.

El Teniente Coronel Antonio Almenada, de fojas 17 vuelta a 20, dice:

“Que cuando Vernaza le dió orden de sacar el cuerpo de su mando, como aquel mostrara cierta repugnancia, Vernaza le dijo que iba por orden del Designado, y que varias veces le repitió: “Me sostiene Ud.”

Los mayores graduados Antonio Franco y Darío Buitrón, de fojas 24 a 27 vuelta, dicen:

“Que cuando con sus compañías iban a casa de S. E. el Designado, recibieron orden de Vernaza comunicada por su ayudante, de que si se resistía la guardia de S. E. abriesen la puerta a balazos y tomasen la guardia a fuego y sangre.”

El Mayor Rendón ayudante de Vernaza, de fojas 28 a 30 vuelta, entre otras cosas dice:

“Que cuando éste le mandó con dos compañías a casa del Designado, le ordenó que llevase esa guardia y que si resistía la tomara a balazos.”

El Coronel don Rafael Salvador, de fojas 47 a 49, entre otras cosas informa:

“Que Vernaza en la plaza de San Francisco comenzó a arengar al ejército, no ya en favor del General Veintemilla, sino en su favor, manifestando que la revolución era exclusivamente para él.”

“Confirma el dicho de Morales y de los demás jefes y oficiales y añade que Vernaza dijo a Morales “la revolución es para mí y usted debe entrar en ella porque es mi paisano, y porque el general Veintemilla nada tiene que esperar.”

XVII

El extracto que antecede, corrobora lo anteriormente expuesto, y nos releva de pruebas que están en los labios mismos de Vernaza y demás jefes que repugnaron entrar en el complot.

A las doce del mismo día, reuníase el pueblo para proclamar dictador a Veintemilla.

¡Cuán grande fue la manifestación espontánea de ese pueblo, al hacer justicia a quien ya había ejercido la dictadura una vez, alcanzando la gratitud nacional, por la liberalidad de sus leyes!

Por esto, veíase en los semblantes retratada la confianza. Ninguna duda abrigaba el pueblo hacia el dictador conocido. Esto dió a la proclamación un carácter y una alegría pocas veces notada en la capital del Ecuador.

Sólo los terroristas encerráronse a lamentar la popularidad de Veintemilla.

Las sociedades de artesanos habían preparado estandartes que lucían con el mayor orden, por las calles y plazas.

En la ciudad no se oía sino el eco estrepitoso de los vivas.

Impresos como el siguiente, eran devorados por la multitud, ávida en las calles y paseos públicos:

“Empieza una nueva era para la República. Hombres de buena voluntad, hombres honrados de todos los matices, rodean el poder. ¿Lo queréis respetable? Pues ciudadanos respetables acercaos a él. ¿Qué os puede separar ya del General Veintemilla? Las cuestiones y motivos que antes pudieron alejar a ciertos hombres, han desaparecido ya. Se han conciliado intereses opuestos, y todos los ciudadanos deben contribuir con su contingente a aumentar la paz y el orden, y a desarrollar todos los elementos de grandeza que tiene el país.”

El Ayuntamiento firmó íntegro el acta de proclamación, encabezando dignamente a la clase ciudadana, trabajadora y honrada.

Nada interrumpió esta fiesta, por más que los terroristas elevaban al cielo sus criminales plegarias.

Poco tardaron las demás provincias en secundar el movimiento político del 26 de Marzo. La República entera lo comprendió, sintiendo que le libraba nuevamente de un peligro, la misma mano que le arrancara ayer del oprobioso dominio terrorista.

La confianza: He ahí el secreto del entusiasmo por la dictadura de Veintemilla.

XVIII

Los revolucionarios siguieron con nuevo ardor sus acostumbradas maniobras. Al fin tenían pretexto, encontrando el medio de engañar a los ilusos.

Sabiendo que en el Ecuador la Religión es un supremo recurso, se armaron con ella, ante los pueblos que les miraban con azar.

Comenzaron su predicación embustera, sin lograr, no obstante, el fruto apetecido; pues en los lugares donde ejercían su ministerio, no engañaban a nadie aquellos lobos disfrazados de mansísimos corderos.

Nulas todas sus vociferaciones, recurrieron como en el tiempo de Yépes a los aventureros de las provincias del norte.

Comenzó al fin la guerra de montoneras, interrumpida por pocos días, con una ferocidad horrible, sujetando a las autoridades del gobierno en las provincias, a tormentos desconocidos.

Landázuri, el tulcaneño, era el jefe de estas hordas, que hubieran satisfecho en su tiempo, al gran Tamerlán.

El gobierno había mandado varias columnas a su encuentro. Todo era inútil, ocasionándose pérdidas de armamento y pertrechos, como sucedió en Mira; lo que desprestigió, naturalmente, al gobierno, acreciendo la audacia de los montoneros.

El mismo Designado salió a batirlos en Cayambe. Allí se manifestó valeroso y buen soldado.

Pero, rehaciéndose luego, aparecieron por diversos puntos con la acostumbrada violencia, estas partidas indisciplinadas aunque resueltas en la emboscada y el merodeo.

XIX

Coincidían estos sucesos, con la muerte de mi esposo en Guayaquil.

¿Qué podré decir a este respecto, sin afectar la discreción de un dolor como el mío?

Los que me trataron entonces de cerca, saben muy bien, que tan rudo golpe paralizó largo tiempo la actividad de mi espíritu, haciéndome buscar el reposo, de que volvieron luego a sacarme, los posteriores acontecimientos de la guerra.

Por un lapso de dos meses, permanecí encerrada, sin querer oír lo que pasaba en mi derredor. De esta profunda apatía sacáronme no obstante, las reiteradas súplicas de mis amigos, y el acuerdo de los hombres del poder, que verían en mi persona el miembro de la familia más a propósito para atender con ellos a los peligros en el forzado alejamiento del dictador.

Puede parecer extraño a cualquiera, esta solidaridad de mando con una mujer; solidaridad tanto más rara en una República, donde no es permitido el acceso al poder, como en las monarquías, al elemento femenino. Pero si se reflexiona en la actitud asumida por mí en los momentos más críticos, como hija de Veintemilla, nada ofrece de particular el concierto de los encargados transitoriamente del poder, con quien consideraban en la ausencia del dictador, moralmente hablando, su personero.

Sin embargo de todo, yo jamás con mi conducta en público abusé de esta influencia que pudiera haber causado la mortificación de mis amigos, o creado para ellos el ridículo.

Hice empleo de mi voluntad muchas veces, sin que exteriormente se apercibieran de ello, como otras tantas veces aplaudí el celo e inteligencia desplegados por el Designado Salvador y sus Ministros.

En verdad, Salvador habría merecido siempre la confianza de la Nación, si su carácter débil no nos hubiese hecho lamentar irreparables desgracias.

Hombre serio, cayó, sin embargo más tarde, en la debilidad de escuchar interesados consejos de su familia, que le fueron fatales.

No así el doctor Francisco Arias, Ministro de Relaciones Exteriores, cuya rectitud y buen juicio político, le revelaron como sostén del gobierno en las más amargas pruebas a que se viera expuesto.

El Ministro de Hacienda, señor Martín Icaza, no cedía al anterior, en méritos individuales.

Hábil y de carácter apacible era, a la vez, incapaz de una deserción cobarde; formando con su colega de Relaciones Exteriores, el núcleo de la resistencia.

XX

El gobierno, que viendo el incesante merodeo de las cuadrillas enemigas, había casi agotado sus recursos, empezó a fatigarse de tan pesada carga.

Salvador me habló con amargura de la situación.

—Mande usted— le dije, —al batallón 14 contra los rebeldes.

—¿Y la Capital?— me contestó.

—Nosotros sabremos defenderla— repliqué, —lo principal es librarnos de los que nos acosan de fuera.

Al día siguiente ordenaba el gobierno la salida del batallón 14 hacia el Norte.

No dejó de sorprender esta medida que debilitaba la guarnición de Quito, infundiendo sin embargo confianza, la seguridad con que se procedía.

El coronel Francisco Morales, Comandante entonces, y digno jefe de ese cuerpo, no tardó en encontrar reunidos a los facciosos, en los alrededores de Pisquer.

El batallón desplegóse frente a frente del enemigo.

Este, habíase colocado en un sitio desde el cual podía ofender impunemente, defendido como estaba, por matorrales espesos.

Mediaba entre los combatientes, un pantano anchuroso e insalvable a primera vista.

Los soldados del gobierno, a la orilla opuesta del pantano, servían de blanco a los bien dirigidos tiros que salían del parapeto.

Morales, con una inspiración repentina, libra la orden de calar bayoneta y atravesar la ciénaga, sin responder al fuego de los enemigos.

El bravo Comandante toma la delantera, y a su ejemplo, la tropa se precipita sobre el pantano con el agua hasta la cintura.

Después de heroico esfuerzo entre el lodo y las gramíneas que embargaban la marcha, salvando las guerrillas del batallón 14, esa peligrosa distancia, lánzase contra los revolucionarios, sorprendidos de tanta audacia, y les desbaratan allí mismo, en su burlado refugio.

Tan hermoso triunfo restableció por algún tiempo, la tranquilidad del gobierno.

XXI

Los terroristas quisieron entonces llevar a cabo una revolución en la misma Capital, sin omitir recurso alguno.

Grandes proporciones había tomado ya, cuando el Gobierno tuvo aviso, como sucede casi siempre, en las revoluciones que se traman en los dominios gubernativos.

Tratábase de impedir la ejecución de los planes del terrorismo.

Las constantes denuncias mantenían en agitación al gobierno. No poseyendo por completo los secretos de la revolución, temía dar un paso en falso; paso que hubiera alentado a los conspiradores.

Acostumbrados el pueblo y el ejército a la proverbial magnanimidad del dictador, viéronse poco satisfechos del trato que les diera el Designado, cuyo carácter, sin ser áspero, no participaba de la sagacidad del de Veintemilla.

De ahí, la necesidad de dirigirse a mí, como si hubiese sido su Padre, nombre que el pueblo y el ejército daban al dictador; de ahí el dominio moral que ejercí sobre éstos, preparando la omnipotencia con que hice más tarde frente a los peligros de la situación.

Siendo yo la depositaria de la confianza de nuestros adictos, al mismo tiempo que un recurso en la desgracia de los no partidarios de Veintemilla, no me pudo faltar la manera de conocer los ocultos manejos de la revolución.

En posesión de datos preciosísimos, tenía que secundar la acción del gobierno, poderosamente.

Los revolucionarios llegaron a ocupar de un modo sigiloso con sus armas y pertrechos, dos centrales tiendas de comercio; cuando el gobierno tuvo conocimientos de este hecho, resolvió tomar las medidas enérgicas que reclamaba el caso.

Mil veces habíase dado iguales sorpresas que retardaban nada más el curso de las revoluciones.

—Juzgo mejor—, indiqué a los miembros del Gabinete, esperar a que los conjurados se reúnan y caigan en nuestro poder con esas armas acusadoras de su delito.

¿Y acepta usted la responsabilidad de lo que pudiera sobrevenir en ese interregno? preguntáronme con cierta vacilación.

—Ningún peligro veo en ello— repliqué, contando con los medios para reprimir sus avances, y estando sobre aviso como lo estamos hoy.

XXII

Aparentóse entonces, completa ignorancia de lo que pasaba. Los mismos amigos murmuraban de tanta lenidad e indiferencia.

Alentados, pues, los terroristas, creyendo que el miedo paralizaba a la acción del gobierno, diéronse prisa en asestar el premeditado golpe.

Una noche vióse, ante la oscuridad desfilar de uno en uno y con gran cautela, a los comprometidos en el movimiento sedicioso. Entraron éstos a las casas del general don Agustín Guerrero y don Alejandro Villafuerte.

Al mismo tiempo, llamaba yo al Comandante Morales para ordenarle hiciera desfilar sigilosamente, las compañías de su cuerpo, con la instrucción de no hacer fuego sino en caso de ser agredidos.

Los revolucionarios salían ya armados a tomar sus posiciones, cuando fueron sorprendidos por el batallón 14.

Sin oponer una resistencia que era de temerse, dado el número de los rebeldes, cayeron no pocos con el rifle en la mano. Los restantes, abandonando las armas, se precipitaron poseídos del pánico, por diversos rumbos habiendo quienes saltaron de los muros, ocasionándose serias contusiones.

Ningún estrépito ni desmán soldadesco, notó la capital durante ese aprisionamiento en masa, coronado por el éxito más feliz. Y a esto seguramente, contribuyó mucho, la diligencia y actividad del gobernador, doctor Ascencio Gándara, que en compañía del comandante Morales, tomó las disposiciones conducentes a evitar un derramamiento de sangre.

En ese acto, como en otros muchos, dió pruebas el doctor Gándara, de las nobles facultades con que le adornaba la naturaleza.

Los presos, después de una retención de varios días, fueron puestos en libertad, dándose así, una de las muestras del carácter magnánimo que ponen más en relieve el gobierno de Veintemilla.

XXIII

Pero, mientras se reprimía a los enemigos, dejábanse sentir en palacio, los primeros síntomas del desconcierto, que traería más tarde el abandono de los principales tenientes del Dictador.

Siendo necesario enviar un refuerzo al ejército del centro, que debía atacar a los revolucionarios allí

estacionados, y al mando de un hombre hasta entonces desconocido, don José María Sarasti, quiso el Designado Salvador ser él mismo, el conductor de esos refuerzos, pues aspiraba al título de General.

Reunidos con Sarasti todos los descontentos, diéronse contra las tropas del gobierno en el pueblo de Chambo, éstas, salieron victoriosas como era natural, pues el ejército enemigo no contaba con grandes elementos.

Sin embargo, el triunfo se debió en mucha parte al valor del general Francisco Rendón, que había sido hasta entonces, uno de los bravos servidores de Veintemilla.

Salvador, poco acostumbrado a las hazañas militares, halagó demasiado a este jefe, haciéndole partícipe, al fin, de sus no rectas intenciones.

Fue allí, que Salvador comenzó a trabajar por sí, traicionando la confianza en él depositada.

Alusiones y palabras significativas, lanzábanse en algunos banquetes alentando la vanidad de Salvador que no comprendía la falsedad propia de los logreros, que guardan su elocuencia para estos casos.

Cuando regresó a Quito, nadie hubiera reconocido sin embargo, en él, al mal amigo de Veintemilla.

Yo, a mi vez aparentaba completa ignorancia de sus manejos preparatorios.

Mas, luego que pretendió variar jefes y oficiales, colocando a sus adeptos, dí aviso al dictador, quien ordenó la inamovilidad de sus subalternos en el ejército.

XXIV

Principió desde esa época para mí, un profundo disgusto por la política, viendo de cerca las maquinaciones viles que hacen de amigos y enemigos en un punto dado, la misma cosa. Comprendí la

miseria de los hombres, y el horror se dejó sentir en mi alma con toda la fuerza que antes se moviera para lo bello y lo grande en el escenario del mundo.

Reinaba la anarquía mas completa en el ejército del Centro. Creyéndose ofendidos sus miembros inferiores porque el Designado había atribuído las victorias al solo valor del Batallón 14, murmuraban de Salvador públicamente.

La falta de sagacidad en la victoria de Chambo, trajo funestas consecuencias.

Rehechos los facciosos, pero siempre débiles, no tardaron en presentarse de nuevo. Era pues, necesario, acabar con ellos de una vez.

Con tal objeto, salió de la capital hacia el Centro el General Echeverría quien reemplazó al General José Mata, y escuchó luego a algunos jefes que querían ir desatinadamente en pos del enemigo.

En efecto, encontró a los rebeldes en la quebrada de Quero.

Por muy desventajosa que hubiera sido la posesión de las tropas del gobierno, nada podían temer. El enemigo inferior en número y elementos, tenía forzosamente, que sucumbir.

Pero, dejándose llevar de sus resentimientos los soldados, se concertaron para decir a una voz —¡Que dé la victoria el Batallón 14!— Y abandonando las armas, se dispersaron.

Los pocos que penetraron en la quebrada, al mando del Comandante José M. Sanandrés, fueron víctimas logrando salvar el jefe y algunos oficiales.

Mas, los rebeldes no se atrevían a salir de su escondite. Creyendo una celada la desaparición del ejército, apenas si creían en la posibilidad de salvar sus vidas.

Pasaban los instantes, y el enemigo no operaba en contra. Siempre temerosos comienzan a salir de entre la maleza viéndose por fin con admiración, dueños de numerosísimo parque.

Más de setecientos soldados abandonaron el campo, dejando cañones, rifles y municiones.

Tan inesperado triunfo, fue justamente celebrado por los revolucionarios que, como por encanto, veíanse poderosos y dueños de la situación.

XXV

Reuníanse en esas circunstancias, Sarasti y Salazar.

Este conocido terrorista, había armado en el Perú una expedición compuesta de gente vagabunda y en parte chilena, arrojada del ejército, por su mala conducta.

Veintemilla dispuso lo conveniente para que fuese destruída esa fracción revolucionaria. Mandó a Cuenca una fuerte división, nombrando al Coronel José María Urvina Jado, jefe de ella.

Llegó el día en que Salazar se aproximó a esa ciudad, sin ser —para eterna vergüenza—, atacado, cuando apenas la tercera parte de las tropas del gobierno, hubieran sido bastante para ponerlo en fuga.

El Coronel Miguel Castillo valiente y distinguido jurisconsulto, como también el noble Coronel José Fernández de Madrid, no fueron oídos cuando manifestaron su decisión para cumplir con el deber de no dejar pasar esa miserable cuadrilla.

Entre asesinatos, fusilamientos y otros crímenes, llegaron los terroristas hasta Ambato en momentos en que Sarasti se encontraba sin esfuerzo alguno, vencedor.

El pretendido radical, no necesitó de mucho, para unirse al terrorista conservador, renegando en la apariencia, de su credo político, hasta el momento que conviniera a sus ambiciones.

Fácilmente formaron, pues, un ejército respetable. Cerca de dos mil hombres partieron para la Capital.

Allí ocurrían a la sazón, hechos de fatal trascendencia para la causa liberal.

XXVI

El desastre de Quero, puso en claro las ambiciones del Designado, hasta el punto de aprovecharse de la difícil situación en que se veía colocado el gobierno, para ejecutar, Salvador los planes que venía acariciando hacía tiempo.

Para halagar a los revolucionarios, abandonó la ciudad de Quito el día 8 de Enero.

Acompañado del cuerpo diplomático y sus Ministros, dió orden para que le siguiera el ejército so pretexto de que el combate debía travarse fuera de la ciudad.

El General Rendón y dos Generales más comprometidos en la traición, eran los únicos concedores del secreto.

Yo, no lo conocía pero lo adiviné, y contra la orden de Salvador, dí otra, con la que hice quedar en la ciudad, la mitad del ejército. La columna de ametralladoras y el batallón de Tulcaneños permanecieron guarneciéndola.

Quedaba, pues, frustrado el plan de Salvador.

Pero éste, al verse contrariado, llamó al Ministro de Relaciones Exteriores doctor Francisco Arias, y le suplicó con la más refinada hipocresía, que librase al país de las manos de los revolucionarios, aceptando la misión de persuadir a Marietta, para que dejara salir la parte del ejército que había sustraído de su obediencia.

—No podemos trabar la lucha— decía Salvador al Ministro Arias; tan sólo por ese capricho de Marietta, vamos a ser víctimas de los revolucionarios.

La inícua farsa no fue comprendida por el doctor Arias, que, con la buena fe que le caracteriza, aceptó la misión de disuadirme.

En la madrugada del 8, presentóse en Palacio, donde todos nos manteníamos en prudente expectativa.

Imposible fue para mí hacer ver claro al Ministro la felonía a que estaba sirviendo de una manera inconsciente.

Por otra parte, yo abrigaba el temor de que subsistiendo la división de fuerzas, la mitad de nuestro ejército fuera atacada lejos de la ciudad por los rebeldes; y como el Ministro hiciera valer ante mí las propias dudas, dí, al fin, esta contestación que le satisfizo.

Me habla usted de una responsabilidad que puede pesar sobre mí: Está bien. No quiero con mi conducta de hoy autorizar las murmuraciones de mañana.

Las tropas que retuve, marcharon a unirse con Salvador en la misma madrugada.

Y si algo tengo hoy que reprocharme, es ciertamente, esa condescendencia mía por evitar un peligro remoto.

¡Cuántas calamidades habríanse prevenido, manteniéndome yo, firme en mi primera resolución!

El abandono de la ciudad, obra exclusiva del Designado, es la clave de todos los daños que sobrevinieron, después, como se verá más adelante.

XXVII

El día 8 de enero de 1883, fue de gran contentamiento para nuestros enemigos.

Desierta la Capital, las pandillas de revoltosos se apoderaron del Parque abandonado, gritando, entre el saqueo y asesinato como energúmenos, todos aquellos cobardes que horas antes no se atrevían a despegar los labios. Entre sus víctimas cuéntase al Mayor Julio Váscones.

—Salvador en tanto—, se humillaba ante los enemigos.

—Os he dejado la Capital—, le decía. ¡Queréis una mejor prueba de la simpatía que me inspiráis! Unámonos todos para batir a Veintemilla, pero yo debo precisamente, formar parte del Triunvirato que se nombre.

—Preferimos Veintemilla a Salvador—, fue la contestación de los otros.

Por más que trabajara el señor Flores agente por las dos partes, el nombre de Salvador fue rechazado.

El ejército de Veintemilla que ignoraba los tratos indignos del Designado con el enemigo, esperaba ansioso la orden de comenzar los fuegos.

De repente se presenta Salvador. Viéndose éste despreciado por los enemigos, vuelve hacia el ejército sus miradas.

—Hijos míos les dice—, el General Veintemilla está lejos. Yo soy vuestro Jefe Supremo.

Antes que concluyera Salvador, estalló la indignación de jefes y soldados. El grito unánime de ¡Abajo el traidor! se extendió por el campo, ahogando las palabras del Designado, que corrido, pero completamente corrido, por su doble fiasco, inclinó la cabeza en ese instante.

Al grito de Viva Veintemilla, se lanza el ejército en busca del enemigo que ya había tomado otro rumbo.

—Qué hacéis— les dice Salvador, guiado por una última esperanza; los contrarios estarán ya en la Capital.

Pues, a tomarla—, gritaron todos con resolución desesperada y encaminándose precipitadamente hacia Quito.

Abandonado Salvador, dirigióse también a la ciudad por caminos distintos, donde le esperaba el merecido desprecio de todos.

Los diplomáticos, tales como el Ministro inglés señor Federico Hamilton, el francés señor Pierret y el chileno señor Domingo Godoy, regresaron a sus

casas admirados de tanta y tan negra insidia, según después me lo decía el primero.

Fatales debían ser las consecuencias de esa traición.

Adelantando hacia las puertas de Quito el batallón Tulcán, que persuadido de encontrar allí al enemigo hacía fuego, causó la muerte de algunos ciudadanos pacíficos entre los revoltosos.

El señor Andrés Ruales, Jefe Político de Cotacache, y por consiguiente de nuestros adeptos, fue víctima con el señor Joaquín Saá y otros indiferentes a la lucha.

Harto tarde lamentamos el engaño; mas, no podía recaer la responsabilidad de esa sangre, sino en los autores de las tramas del 8.

XXVIII

El enemigo se encontraba a las puertas de la ciudad.

No contenta con la destitución que el ejército había hecho del Designado, llamé a algunos jefes y les manifesté que era necesaria la renuncia formal de Salvador, para que recayera el poder en manos del segundo Designado, Ministro de Relaciones Exteriores doctor Francisco Arias.

Salvador se había encerrado en su casa, pero fue obligado al cumplimiento de esa fórmula.

Mientras el enemigo se posesionaba de los cerros que rodean la ciudad, nuestro ejército reconocía entre vivas y dianas a su nuevo jefe el doctor Arias.

Pocas veces un hombre se hará cargo del poder en medio de tantos peligros, ni jamás será encomiada lo bastante, la actitud del doctor Arias en esos momentos.

El y su digno Ministro el señor Martín Icaza, aceptaron con firmeza las consecuencias de la lucha en que íbamos a entrar horas después.

Pronto los batallones con el mejor orden, tomaron el lugar conveniente para ejecutar las evoluciones que reclamaba el caso.

XXIX

Reinaba el silencio.

Al ver la tropa diseminada por los portales y plaza, comprendíase, sin embargo, que estaba sujeta con el lazo de la disciplina.

El orden y la alegría se hermanaban allí, perfectamente.

Así lo comprendió el mismo Coronel Gálvez que llegó entonces. Con la bandera blanca pudo pasar por entre las filas del ejército del Gobierno, admirando tanta decisión y entusiasmo.

Llegó hasta el palacio.

Felizmente me hallaba presente, cuando el Coronel Gálvez atravesaba los corredores donde se había colocado una compañía de Tulcaneños.

Al verle, levantaron algunos sus fusiles, para victimarle, pero antes que ejecutaran este crimen, me interpose entre él y la furibunda tropa.

Los soldados ante este solo ademán, volvieron a su puesto con una tranquilidad admirable.

Gálvez me manifestó su agradecimiento.

Indignada a leer la intimación de entregar la ciudad, tomé la pluma para contestar yo personalmente, con el desprecio que tales intimidadores merecían, pero, me detuve como herida por repentina luz.

El nombre de una mujer, me dije, puede llevar el ridículo donde no debe ir sino la convicción de nuestra fuerza y llamando a los comandantes Morales y Grijalva, les entregué el pliego para que fuese contestado enérgicamente, como les repetí, por el general Echeverría.

A la salida del emisario Gálvez, encomendé a los nobles jóvenes que por patriotismo se habían reunido al ejército, que le custodiaran, pues cada individuo de tropa, quería hacer ver al enemigo el deseo vehemente de batirse con él, haciendo víctima a su emisario.

Todo volvió al mutismo con que la vida se prepara a la muerte.

Pronto iba a rasgarse la nube caliginosa que avanzaba sobre Quito, traída por el viento de una injustificable revolución.

Capítulo Cuarto

Madrugada del 10 de Enero. — Primer choque con los rebeldes — Pérdidas dolorosas — Triunfo sobre Salazar y Sarasti — Pequeña tregua. — Refuerzo de Landázuri y nuevo ataque de los restauradores. — Noche de angustias — En el peligro. — Manejos traidores. — Entrega del Palacio por Franco — El desenlace.

I



QUITO, ciudad fundada por los Caras, Edén de Guayna-Cápac El Grande, y cuna de Atahualpa, está consagrada por el grito inmortal de Independencia, lanzado desde allí como el rayo precursor de la libertad Americana. Los nombres gloriosos de las primeras víctimas

ilustran sus anales, y la historia le reserva un lugar prominente entre sus hermanas de la América Española.

Tal es el teatro de los hechos que voy a relacionar. En víspera del 10 de Enero de 1883.

La ciudad envuelta aún en tinieblas, permanece silenciosa. Reina aparente calma, interrumpida, de cuando en cuando, por el ruido siniestro de las armas, y los medios pasos de vigilantes jefes.

Por fin, aparecen los primeros albores de la mañana anunciando un día sombrío y nebuloso. Densas, plumizas nubes precursoras de la tempestad, atraviesan el firmamento, cual si se envolviera en luto la naturaleza, ante el espectáculo de sangre que se iba allí a presenciar.

Medio velado aún por las nieblas, levántase al frente de la ciudad El Panecillo, cuyas faldas tocan las últimas calles que se extienden hacia el sur.

Los acontecimientos de la víspera habían hecho desaparecer la estrategia, flotando en el espíritu del ejército tan sólo, el entusiasmo y la lealtad.

Cada cual se esfuerza en tomar las posiciones que se hallan a su alcance, no siendo posible extender la línea de defensa hasta las alturas de los cerros.

El enemigo posesiónase de ellas, haciendo de la metralla la mensajera de sus venganzas sobre Quito.

Son las cinco de la mañana.

A favor de la luz y tan lejos cuanto la vista alcanza, pueden notarse los centenares de hombres que desfilan.

Poco tarda en cubrirse el cerro de una muchedumbre ondulante que campea en las alturas y se extiende hasta el vecino Pichincha, donde se asienta el Estado Mayor enemigo.

Luego se les ve descender por pelotones hacia las faldas del Panecillo. Comprenden nuestros guerreros al momento, que se han puesto al alcance de sus armas, y disparan.

II

La lucha había comenzado.

Dominábame inquietud a la vez que confianza en nuestro aguerrido y leal ejército; por tanto, había resuelto presenciar el combate desde las ventanas del Palacio.

Allí escuché estremecida los primeros disparos, y atenta a los menores movimientos de nuestra tropa, vi caer en la calle de la Compañía un soldado, herido por el fuego que se hacía desde el portal del Palacio. Una bala hermana arrancábale la vida. ¿Era posible resistir a este fratricidio inconsciente? Salí con precipitación hacia el portal.

Ensondecía el estrépito de las descargas; las ametralladoras y cada uno de los soldados, hacían fuego sin cesar sobre la misma calle por donde nuestras guerrillas desfilaban, lo cual equivalía a darles muerte por las espaldas.

¿Quién había dado tan desatinadas órdenes? Nadie supo decirlo, en tanto que se esforzaban, vanamente, el Jefe de la Columna de Ametralladoras y otros más, en hacer oír su voz. Yo fui directamente hacia los soldados que manejaban las ametralladoras, tomé sus brazos y les ordené que cesaran el fuego.

Sea sorpresa o convencimiento, ante el impulso de desesperación con que mandaba, todos me obedecieron, cesando, por fin, un conflicto que podía ser de funestísimas consecuencias.

III

No fue la vanidad el móvil que me impulsara al juramento de no separarme del ejército, desde el instante aquel en que sintiéndome su Jefe, no retrocedía ni ante el sacrificio posible de mi existencia. El orden que debía reinar en el combate

como en la victoria, constituyó mi ambición única, sin que por esto fueran usurpados legítimos derechos, puesto que ya la traición y la pusilanimidad, se habían encargado de dejar el ejército sin conductores y abandonándolo a sus propios impulsos.

“Poco generosos mis enemigos políticos, hanme obsequiado en su diario “Los Principios” con una extravagante biografía, publicada el 1º de Febrero de 1883. Después de hablar de mi permanencia en el Colegio, dicen en el número 6º de ese diario:

“Pero el tiempo cambió el carácter de la niña, y comenzó a ser la Gobernadora del Estado con más firmeza y tiranía que el papá . . . Ella ha sido el alma de la resistencia en Quito; ella sólo ha gobernado estas provincias durante la ausencia del Dictador . . . etc.”

¡El alma de la resistencia en Quito! ¿No me proporcionaba por ventura, esta felicidad inesperada que iluminó mi estrella con repentina luz, la ausencia censurable de los superiores jefes? ¿Cómo formar proyectos anticipados de ambición sobre hechos tan inesperados como anómalos?

Hemos penetrado la causa de la autoridad improvisada con que el destino quiso revestirme en aquel día; tiempo es de seguir a los valientes que en aras de la fidelidad consuman el sacrificio de sus vidas.

IV

Extiéndese a la izquierda del palacio, la calle de la Compañía. Nuestros soldados domínala desde el techado de San Luis, colegio de los Jesuítas.

No por primera vez un gobierno veíase obligado a hacer de este convento un punto de defensa.

Situado junto al cuartel de artillería hácese absolutamente necesario, ocuparlo en ciertos casos; por lo que el Jefe de los artilleros había ordenado se

practicara en la pared que dividía ambos edificios una perforación que diera libre entrada, interiormente, mejorando de esta manera, las condiciones de su defensa.

Siguen las calles en línea recta hasta las faldas del Panecillo; desde allí atacan directamente el palacio donde se siente el empuje de nuestros enemigos.

Atenta a todos los detalles, hice desfilar en guerrillas, parte de la columna de "ametralladoras" que defendía el palacio. Con qué entusiasmo, aquellos hombres valerosos lanzábanse al combate, desafiando la muerte. ¡Héroes humildes, satélites de la gloria, cuyos reflejos no alcanzan a dicipar la oscura noche en que vivieron!

Si era verdad que participábamos de los mismos peligros, y recibíamos de frente las mismas balas enemigas, tributábales yo mi admiración sincera.

—Es más valiente que nosotros la Generalita, decían aquellos hombres intrépidos, creyendo en su adorable sencillez que alguien pudiera exceder al valor lleno de abnegación del infeliz soldado, cuando no está sujeto por los lazos férreos de la disciplina.

V

En tanto, acentuábase, cada vez más, el orden y la regularidad en el combate.

Después del desastre de Quero, el gobierno no contaba sino con tres cañones y doscientos artilleros. El día 9 de Enero había encargado el mando de esta fuerza al Comandante Játiva y al Mayor Páez.

Las tres piezas de artillería fueron colocadas de manera que defendiesen la plaza principal; el palacio y el cuartel de artillería, situado al frente. Una de estas piezas dominaba la dirección de San Francisco, desde la embocadura de la calle del Cuartel; otra, en

un ángulo de la plaza, defendía al mismo tiempo, la calle de San Agustín y la de la Platería, la tercera ocupaba la esquina de la Catedral, guardando a la vez, la calle del Comercio y la del Correo.

El portal del Palacio, situado a la izquierda del de gobierno era ocupado por el batallón "26 de diciembre", al mando del Comandante Sánchez. Este, debía esperar orden para el desfile.

Frente al palacio de Gobierno, el portal de Salinas, fue ocupado por el batallón "14 de Diciembre". Este renombrado batallón, desplégase arrollando cuanto encuentra; pronto se le ve desaparecer por entre las calles, asegurando una vez más, la justicia de su fama.

El bravo Comandante Rafael Calderón, toma a su mando doscientos soldados de la columna "Tulcán" y se sitúa en la plaza de San Francisco.

Orden, entusiasmo, heroísmo, nada faltaba para que fuera coronado el éxito de mis afanes.

En aquellos instantes en que colocándome al lado de una ametralladora, procuraba no perder uno sólo de los movimientos de las tropas, vi que se asesinaba a nuestros jefes y soldados desde las ventanas de algunas casas particulares, acechando el momento en que éstos atendían a sus enemigos, de frente.

No tardó en hacer sentir, por todos lados, las consecuencias de proceder tan inicuo. Cayeron heridos casi todos los oficiales, con pocas excepciones.

El Mayor Fernández, fue el primero; luego el Comandante Calderón recibió un balazo en la pierna. Herido luchaba aun este sereno jefe, hasta que vacilante por la sangre perdida, se separó de sus soldados entusiasmándoles para que siguieran combatiendo.

El Coronel Osaeta, leal y esforzado veterano que hacía algún tiempo se había alejado del ejército por su delicada salud, oye la señal de guerra y busca como verdadero militar, el lugar que en el peligro ocupara entre los valientes. Con sus tantas veces

probado arrojo, adelanta por la calle Angosta, pero cae con un pié destrozado, obligándole la fatal lesión a retirarse.

Heridos los oficiales, véseles llegar cada vez en mayor número.

—¡Viva Veintemilla, muchachos!— exclamaba con débil voz el Teniente Villarroel, sosteniéndose apenas, mientras el denodado Coronel López se arrastraba mortalmente herido, hasta llegar al Palacio, en cuya puerta espiró.

Sin embargo, la esperanza manteníase ilesa en aquel teatro de la muerte.

VI

Los espectadores cuya dudosa simpatía aguarda el éxito para revelarse; aquellos indefinidos en política, preguntábanse entre las rejas de sus balcones, cómo el entusiasmo de un ejército puede llegar hasta combatir por sí solo; cómo el ardiente fuego del patriotismo convertía en soldados heroicos a jóvenes que apoderándose de una arma, acudían por doquiera que la lección se empeñara, en nuestra defensa.

Los soldados en muchos sitios avanzan sólo sin que se les señale el triunfo; empero le conquistan. Los guerrilleros no ven a la cara de sus oficiales, y sin embargo, saben por voluntad y por costumbre, el camino que debe conducirles a la gloria. ¿A qué, pues, una voz que reanime el valor, si éste no languidece? Y avanzan, avanzan a paso de vencedores.

Cada vez óyese más lejano el estruendo de los rifles.

El Coronel Juan Francisco Morales, entonces Comandante del Batallón "14" se presenta para darme parte de que tan sólo dos compañías quedaban de su batallón, en el portal de Salinas y consultarme si debía o no, lanzarlas también hacia las calles.

—Esas compañías deben formar parte del cuerpo de reservas— contesté al valiente jefe, que rebosaba de orgullo, al ver que sus subalternos nos daban la victoria.

Impaciente yo, recorría de un extremo a otro, el portal del palacio. Me detuve al ver la batería de San Agustín defendida por el Subteniente Molina, en el instante mismo en que dá un salto y cae sin vida. La bala certera de un cañón enemigo, rompe una cureña y atravieza el pecho del joven guerrero. La cureña fue reemplazada; el cañón volvió a lanzar su mortífera carga; mas, el héroe espirante, no levanta los ojos sino para legar a los patriotas la sonrisa inmortal del "Espartano."

¿ Acaso fatigaré la atención al ocuparme de cada una de estas gloriosas muertes que renuevan el supremo dolor de presenciarlas?

¡Ah no! Este dolor se impone con fuerza tal, que no puedo hoy renunciar a su recuerdo cuando describo la dramática acción en que me viera empeñada.

Nuestro ejército con impulso irresistible había arrollado al enemigo y vencido todo obstáculo. El fuego menos vivo dejó oír distintamente el grito de victoria.

Dirigíme entonces al Palacio, desde cuyas ventanas se percibía lo que pasaba en el cerro. Tan sólo restos veíanse del estado mayor enemigo, que disperso, huía desordenadamente.

Gruesas gotas de lluvia con monótono rumor, caían sobre los tejados, y el campo envuelto todo en una atmósfera cenicienta, daba un tono más sombrío a aquella escena.

VII

Hay una tregua forzada en el combate. La lluvia cae a torrentes y resplandores continuos rasgan las agrupadas nubes. Los truenos, las quejas

de los heridos, los agudos toques de las cornetas aquí y allá, mézclanse a los gritos de triunfo.

La tempestad cesa al fin. El toque de diana que la dominaba, elévase clamoroso hasta los cielos; raya en delirio el entusiasmo.

¡Cuán flexible es el sentimiento que invade el espíritu del vencedor! En sus transportes de felicidad, se inclina a la clemencia, hállase débil con la fuerza de su poder reconquistado, sintiendo que con el peligro ha huído el deseo de la venganza. Entonces se manifiesta el hombre tal cual es, y se eleva semejándose a un Dios.

¿Mas, por qué no inspiró siempre la victoria tan noble sentimiento a los que la obtienen sin merecerla?

VIII

En represalia del fuego de emboscada que de todas partes recibieran nuestras tropas, derribaron varias puertas, algunas de las cuales correspondían a tiendas en que había licores. Bien pronto los efectos de este natural desborde dejáronse sentir. Aquellos que volvían hacia la plaza principal estaban ebrios.

Comprendiendo lo que pasaba, hice tocar llamada de tropa; mas, no fue grande el número de los que se replegaron.

El sol había llegado a la mitad de su carrera.

Donde pocos momentos antes, aterraba el estruendo de la batalla, reinaba el silencio más profundo. Todo al parecer había concluído.

Desgraciadamente, no disponía de caballería que mandar en persecución de los vencidos, porque las traiciones de la víspera que habían desorganizado el ejército, nos dejaron sin su concurso.

Comprendiendo que podíamos entrar en nueva lucha por este incidente, no pude abandonar los batallones de reserva con los cuales contaba para el

caso de que se atrevieran a probar los enemigos otro ataque.

Así, libres de persecución los Generales Sarasti y Salazar, aunque prontos a huír, resolvieron esperar en los suburbios de Quito, el arribo de la división del norte, cuyo atraso habíales causado angustia y desesperación. Su plan consistía en un ataque simultáneo cuyo resultado habría sido el mismo ante el empuje del ejército de Veintemilla.

Llenos de desaliento estos dos generales aficionados, veían la diserción en sus filas. Más de trescientos hombres llevaron la nueva de la derrota del ejército Restaurador hasta lejanas provincias. En Riobamba huyeron algunos. El señor Joaquín Pozo y otros conservadores complicados en la revolución, salieron de la ciudad.

IX

Refieren así los Restauradores, nuestro triunfo en el número sexto de su periódico "Los Principios", el 10 de febrero de 1883.

"El tiroteo de las calles que van de este a occidente, era espantoso; pero desalojados de ellas y las posiciones antedichas, el enemigo se ocultó magníficamente en las almenas y torres que ocupaba, para hacer ineficaces nuestros fuegos, contando seguramente con la escasez de nuestras municiones táctica antigua en todos sus combates; pero los dos Generales, ordenaron no se hiciera un solo tiro que no fuera con seguridad y los fuegos se debilitaron en consecuencia. Como unos pocos individuos de ambas divisiones oían el combate lejos, creyeron llegada la hora de ponerse en salvo, y de aquí que se haya corrido la falsísima noticia de que se había iniciado la derrota en nuestras filas. Estos héroes del segundo día son responsables de que artificiosamente se quiera

menoscabar nuestra victoria, pero sepan todos que el número de estos cobardes es insignificante y que su conducta sólo sirve para enaltecer la de los nobles jóvenes que tenían victoria por consigna y muerte por voto y por deber.”

He aquí los héroes juzgados por ellos mismos.

Salazar guardó silencio para excusar su derrota. Ni lugares comunes halló su rebuscada táctica; abrumado bajo el peso de la verdad, esperó defendido por el antifaz el momento de la venganza.

X

Reinaba en tanto el orden entre los batallones de reserva.

Recordé que había dejado en Palacio a mi familia y fui hacia ella para tomar descanso y dar alguna expansión al ánimo.

Entreveía la sonrisa de la fortuna; mas, no ejerció fascinación sobre mi desconfiado espíritu. Concedora de la justicia humana, ni aun la esperanza abrigué de que mis sacrificios pudieran ser tenidos en consideración algún día.

Ocupábase mi familia en curar a los heridos. No había escuchado aun las cariñosas frases que élla debía prodigarme en tales circunstancias, cuando me fue entregada una nota.

Comunicábaseme que a las puertas de la ciudad, hacia el norte, se encontraba la atrasada división de Landázuri.

Este improvisado jefe, había nacido con cualidades de aventurero. Oscuro, valiente y sin inteligencia, llegó a ser jefe de unos cuantos tulcaneños a fuerza de conspiraciones y de manejos traidores. Presentábase entonces mandando la división del norte, fuerte de más de ochocientos hombres.

Rendir justicia a los enemigos, es una virtud que revela al hombre superior a sus propias pasiones.

Esta justicia les tributaría a los míos, si el accidente fortuito que tan feliz trascendencia tuvo para ellos, hubiera sido un rasgo de genio, o el fruto de una sabia combinación.

Pero ¡Oh versátil fortuna! si te recuerdo, no es para vituperarte porque la ceguedad no lo merece!

Después que hube leído el pliego que se me había entregado, me levanté con precipitación.

—Nuevo combate —dije—, está bien; combatiremos.

Un vago presentimiento hízome sin embargo, volver hacia mis queridas tías y la Señorita Dolores Jaramillo, mi compañera.

—Necesario es,— le dije, —prevenirse contra todos los peligros. En caso adverso que no lo espero, encontrarán asilo en el convento de los jesuítas.

Espontáneamente habíamos ofrecido seguro albergue el superior de ellos, padre San Vicente.

Ordené al Comandante Grijalva pasara por el cuartel con mi familia hacia aquel convento, mientras yo me dirigía apresuradamente a la Plaza Principal.

Al verme, rodeáronme nuevamente los soldados.

—A las armas— otra vez a las armas —les dije— no nos queda sino la porfía hasta el último.

Entusiastas vivas fueron la contestación de estos soldados.

XI

El combate vuelve a empezar. Tórnanse en ecos de furor los gritos de victoria; el infernal estrépito de las armas redobla la intrepidez de los nuestros, que, al escuchar nuevamente los disparos, se lanzan en busca de los que turbaran su reposo a tanto precio conquistado; mas, no son ya seguros los tiros que dirigen al enemigo que avanza.

Inmóviles los soldados bajo el certero plomo caen con las armas en la mano; pretenden levantarse algunos, en su agonía, pero vuelven a caer sobre la tierra ensangrentada.

La dispersión, consecuencia de una victoria que se creyó asegurada, había debilitado nuestras filas.

Comprendiendo entonces la imposibilidad de seguir el combate por guerrillas, ordené el fuego de las ametralladoras. Yo misma díles dirección, y coloqué a cada uno de los soldados en el lugar desde el cual se debía hacer fuego.

El traquido de aquellas armas no podía ser más siniestro.

Pronto se vió venir precipitadamente, un soldado, que pedía refuerzo para los Tulcanenos.

Marchó en su auxilio una compañía; mas, la llegada sucesiva de nuevos mensajeros, demostraba que acontecía algo extraordinario y que no era suficiente el refuerzo.

Busqué gente disponible entre la reserva, pero cada uno ocupaba el lugar conveniente, para mantenerse a la defensiva.

¿Qué hacer?

No vacilé en ir hasta el palacio a pedir consejo al General Echeverría que se hallaba en la Prevención.

De muy delicada salud desde tiempo atrás, la continua agitación, sufrimiento después de la derrota de Quero, habían agravado su dolencia, no siéndole posible prestar los servicios que deseaba. Sin embargo, la lealtad en aquellos momentos le enaltece.

—Prudencia— no debilite el cuerpo de reserva, contestóme; pero no hubo tiempo para poner en práctica su consejo. En ese mismo instante oyóse extraño alboroto, e interrumpiéndole para escuchar, dirigíme veloz hacia el lado de donde provenía.

XII

Semejando una ola tempestuosa, llegan desde San Francisco los Tulcaneros con todos sus compañeros heridos y aun con los muertos.

Costumbres hay que pintan a un pueblo de un solo rasgo.

Esa piedad que se sobrepone al miedo, esa conmiseración para el compañero, para el hermano en medio de los grandes peligros y que se traduce en heroica resolución para cargar con él, dificultando la huída, habla por sí sola mas alto en favor de los tulcaneros, que todos los epítetos honoríficos y todas las alabanzas.

Venían cien hombres poco más o menos, que abandonaban una posición insostenible, arrastrando de pies y manos otros tantos infelices cubiertos de sangre y dando recios tumbos contra las piedras.

Los enemigos, pues, no podían tomar heridos ni aun muertos de entre hombres tan abnegados.

—Traición, traición, gritaban los fugitivos.

Por fin logré detenerles en la calle del Cuartel.

¡Qué espectáculo el de esa tropa al dejar en lugar seguro su sagrado depósito!

El muy recomendable Presbítero Montaña, Capellán del ejército, se arrodilló para asistir a los moribundos.

Uno de sus jefes más queridos expiraba entre el tumulto. Esta muerte les arrancó un inmenso clamor.

Silenciosa en medio de esa multitud abrumadora, esperé el momento en que mi voz pudiera ser oída.

—¡Quién ha traicionado—! —Pregunté.

—Los padres, contestáronme; —los padres de San Francisco que desarmaron a nuestros hermanos que guardaban las torres. Desde allí nos han asesinado después, aprovechando de nuestro descuido.

En efecto, tras la victoria que obtuvimos a las dos de la tarde, los franciscanos cuyo superior era un Padre Baltazar, hicieron abandonar su puesto a los tulcaneños que guardaban las torres.

—La caridad cristiana nos ordena daros de comer—dijéronles— dejad entre tanto vuestras armas en su lugar.

Aquellos malos sacerdotes aprovecharon del engaño y colocaron en los lugares antes ocupados por los Tulcaneños, a los enemigos armados con nuestras propias armas, y fue así que, después de dos horas y a la llegada de Landázuri, pudieron hacer grande carnicería en esas tropas.

—Esto no quiere decir que estamos perdidos— contesté a los desesperados tulcaneños, —triunfaremos a pesar de todo.

Sólo entonces comprendí el respeto que yo había inspirado a aquellos hombres. Cesó la gritería al escucharme, y quedaron mirándome, silenciosos, por un momento.

—Vengan—, les dije, después que hube dado la orden de llevar un cañón hasta la mitad de la calle de San Francisco, llamada calle Angosta. Tenemos cañones, ametralladoras y valientes; por qué temer?

Antes que pudiera designar los que debían defender aquel lugar, noté hacia el lado derecho, cierto movimiento de alarma en las tropas de reserva, que se batían ya muy de cerca con los enemigos.

Entre los que rodeaban el cañón de la calle Angosta, divisé a un viejo militar llamado Eguiguren.

¿Ve Ud. ese cañón? —le dije—, queda a cargo suyo.

En diciendo esto, me alejé precipitadamente.

El movimiento de alarma que había notado, iba en aumento; mi primer cuidado fue atender el portal que ocupaban las ametralladoras. Nadie se había movido, pero el fuego contrario era mortífero y tenaz en aquel punto.

Las balas enemigas se cruzaban en derredor nuestro; los soldados descargaban sus rifles sin descanso. Esta vez nada decían. Guardábamos todos, ese sombrío silencio de la última hora del combate.

XIII

En el portal arzobispal había sido colocado el Batallón número 26. El Comandante Sánchez, que recientemente lo mandaba, no tenía la autoridad de un antiguo y querido jefe. Llegó hasta mí lleno de angustia.

—Está tomada la torre de San Agustín— me dice, y los soldados escuchan al Canónigo Arsenio Andrade, que los induce a penetrar en el Palacio Arzobispal.

Desde la azotea del palacio de Gobierno podía distinguirse la torre de San Agustín. Al presentarme en ella, fui recibida por una nube de balas. Avancé hasta que pude ver el color de la cinta que llevaban en el sombrero los que estaban agrupados en la torre. No había duda, eran ellos: La cinta azul que percibía claramente confirmaba mis temores y los de Sánchez.

La torre de San Agustín situada a una cuadra de la plaza, domina parte de ésta y el portal de Palacio que le hace frente en un ángulo. Los que la defendían, creyéndolo todo perdido, en el momento en que los Tulcanenses llegaban, abandonando San Francisco, consideraron inútil la resistencia.

Error gravísimo en que cayeron muchos, y que ocasionó la pérdida inconsulta de la torre.

A la simple vista distinguíase perfectamente una persona, de modo que fui el blanco de aquel mortífero fuego. Mas tarde confesaban que la orden dada fue matar a la mujer que era el alma de aquella lucha.

En esta misma torre fue colocado un joven Valdez, diestro en el manejo del fusil, para que dirigiera contra mí sus balas certeras.

—Está bien, —dije al Comandante Sánchez,— pueden tomar las torres pero no triunfarán. Sus cañones se hallaban inutilizados; vaya usted a sostener esa gente.

Tal fue la orden que llevó este jefe saltando por en medio de cadáveres ensangrentados, llegué nuevamente hasta el portal.

Mis obedientes servidores no se movían de sus puestos; el fuego que nuestros enemigos hacían desde la torre de San Agustín sobre el portal del palacio era tenaz y destructor. Caían al lado mío los soldados, pasando silenciosos de la vida a la muerte. Agitábales un estremecimiento instantáneo sin que me fuera dado recoger las últimas miradas de esos héroes. El dolor mismo pasaba fugaz en mi espíritu, anesteciado por emociones tan variadas como terribles.

XIV

La necesidad de acudir hacia uno u otro punto, obligábame a continuas marchas y contramarchas, lo cual desesperaba a los que desde la torre, pretendían quitarme la vida, no siéndoles posible a pesar del corto espacio que nos dividía, lanzar tiros eficaces contra mí; empero, sus proyectiles pasaban casi rozando mis vestidos y diezmado a los que me acompañaban. Un corneta de doce a trece años, me seguía. Repentinamente dobla las rodillas en actitud de sentarse, e inclina la cabeza. Cuando me precipité para sostenerle con un movimiento maquinal de ternura, cubrióse de tinieblas la faz de ese héroe adolescente.

A pesar de los horrores de un desesperado combate, los soldados permanecían formados, correctamente, estrechando los claros de sus filas.

Ya las torres y los objetos comenzaban a velarse por la luz incierta del crepúsculo, pero el empeño de

arrancar la vida al enemigo parecía mayor por ambas partes y se aumentaba el estrépito de las descargas.

Vino la noche. Rodeados de tinieblas. Vímonos obligados a guardar forzada tregua. La victoria se ocultó indecisa entre las sombras.

XV

La suspensión de hostilidades, pensé que debía ser ventajosa para nosotros.

Creendo que nuestros enemigos dieran un asalto sobre el Cuartel, situé a los "Tulcaneños" en lugares convenientes para una vigorosa resistencia.

Después de dar colocación a los centinelas y asegurar la entrada del Cuartel con un cañón cargado de metralla, dejé en la Prevención a los oficiales que debían guardar el orden, dirigiéndome en seguida hacia palacio.

Reconcentradas las fuerzas en el Cuartel, una fracción de ellas debía defender todavía la plaza principal.

Los acontecimientos de esa noche funesta, obliganme a ser minuciosa. La abundancia de detalles es disculpable en quien quiere representar con la pluma, los lances en que se ha visto, y que siendo de notoriedad para su país, no alcanzan igual suerte en donde sólo puede adquirirse cabal conocimiento de esos hechos, por la lectura.

Perdóneseme, pues, si sobreabundo en minuciosidades que de todos modos juzgo oportunas.

Preparábame para pasar revista a las tropas que estaban en el palacio, cuando salió a mi encuentro el Comandante Guillermo Franco jefe de la Columna de Ametralladoras.

—Ha desaparecido Morales con su gente— me dijo, —como también Sánchez con el Batallón "26" que guardaba la línea del palacio Arzobispal.

Imposible me fue, de pronto, dar crédito a tales palabras.

—Aseguran este hecho algunos soldados que acaban de llegar, —continuó Franco. Este había penetrado en Palacio con la columna de su mando y las ametralladoras.

Quise persuadirme de lo que se decía y me dirigí a la plaza.

Nuestros enemigos nos rodeaban completamente. Desde las extremidades de las calles que forman los ángulos de la plaza, hacían fuego continuo hacia ésta, como también hacia la calle del Cuartel y la calle Angosta.

El menor rayo de luz que se dejaba ver al abrir una puerta, o un objeto cualquiera que se moviese entre las sombras, redoblaban su furor, para volver luego, a la monotonía de uno o dos tiros por minuto.

XVI

El Comandante Leonidas Grijalva, bravo y pundonoroso militar, estuvo pronto a seguirme en compañía de un soldado.

Percibieron nuestra salida y sonó una descarga que no causó daño alguno.

Con ojos ávidos me fijé en el portal opuesto al del palacio; la escasa luz de los faroles dejaba ver que el portal de Salinas estaba desierto.

—¿Qué ha sucedido? —dije a Grijalva; —vamos a saberlo en el lugar mismo donde debieran estar nuestros soldados.

La empresa era peligrosa. Debíamos atravesar toda la plaza y pasar por las esquinas, desde las que hacían fuego los enemigos; sin embargo, la oscuridad favorecía nuestros intentos.

Descendimos precipitadamente las escaleras del portal, mas, creímos ser víctimas en ese instante.

—Ya llegamos— decía el soldado que nos acompañaba, —pero pueden tomarnos prisioneros en el portal de Salinas.

Nada era más fácil en verdad, pero yo no escuchaba.

En el bolsillo de mi vestido llevaba un revólver cargado.

Cuando me puse al frente del ejército, hice el juramento de quitarme la vida en el posible instante que cayera en manos de esa gente ebria y soez. Esto daba a mi espíritu completa serenidad.

Por fin llegamos al portal de Salinas. La luz que despedían los faroles era suficiente para que pudiésemos ser vistos de nuestros enemigos que nos prodigaron maldiciones y balazos.

¿Cómo viendo tan sólo tres personas en un portal abandonado, no se precipitaban para asesinarlos? Quizá sea injusta hipótesis la de la cobardía; debemos creer que ellos temían ser víctimas de una celada.

Sospechando que las fuerzas que buscábamos habían penetrado en la casa del señor Carlos Aguirre Montúfar; llamamos vigorosamente para que abrieran.

Nadie contestaba; tan sólo la temblorosa voz de Grijalva repetía: —¡van a tomarla prisionera, van a matarla!

XVII

Para el pensador despreocupado y frío, fácil es juzgar como temerarios estos actos; mas ¿Quién es capaz de dar consejos de prudencia en tan extrema situación?

Angustiada, puse el oído en las hendiduras de la puerta, con el deseo de adivinar lo que ocurría dentro. Un ruido siniestro y cual si saliera de las profundidades de la tierra, llegó hasta mí.

—Son descargas cerradas— dije a Grijalva, comprendiendo lo que pasaba.

¿Qué había ocurrido en tanto?

En el momento aquel de confusión ocasionado por la fuga que los Tulcaneños emprendieron desde San Francisco hasta el palacio, Morales con las compañías de su batallón, más el número "26", creyeron que se había pronunciado la derrota en nuestras filas. Este último cuerpo penetró al palacio Arzobispal a instigación del Canónigo Arsenio Andrade, quien les persuadió de que era ya tiempo de cesar en la resistencia.

En casa del señor Aguirre Montúfar, los soldados del "14" a su vez, buscaron asilo; mas, teniendo aquella antigua casa, subterráneos y una segunda puerta hacia la calle del Comercio, Landázuri y los suyos lograron sorprenderlos. Batiéronse las dos compañías antes de rendirse.

Yo oía en ese instante el ruido extraño de las armas bajo la tierra.

—Escuche, —dije a Grijalva, llamando con más energía a las puertas de Aguirre.

La casualidad no permitió que se oyera esa llamada que tan funesta pudo haber sido.

—¿Qué hacemos aquí? ¡Van a matarnos —repetían angustiadísimos mis compañeros.

No encontrando remedio, volvíme hacia la Plaza.

A la sombría luz de un farol, distinguimos un hombre postrado en tierra. Este, al divisarnos, quiso incorporarse, pero no pudiendo sino levantar la cabeza, nos dejó ver su cadavérico semblante. Con ojos abiertos, espantosamente, parecía balbucear palabras de socorro; crispadas las manos sobre el suelo cual si hubiera querido asirse a la vida en un último esfuerzo, era la propia imagen de la desesperación.

Espectáculos como éste, atraen a la vez que alejan, produciendo una mezcla de horror y de compasión, que mantiene vacilante el espíritu.

Hallábase el herido delante del portal, lugar peligrosísimo, pues nos exponía a ser blanco del fuego enemigo situado en las calles de la Platería y del Comercio.

Me acerqué al herido. Atenta más a su agonía que a todos los peligros, pretendí que mis acompañantes le llevaran en brazos, pero reparándonos los sitiadores hicieron una descarga. Unos a otros nos miramos sorprendidos de encontrarnos aún con vida. Temerosos por mí, apresuráronse Grijalva y el soldado, a separarme del lado del infeliz caído.

XVIII

Sigilosamente llegamos hasta la embocadura de las calles del Comercio y del Correo que forman un ángulo de la Plaza Principal.

Deseosa de ver desde más cerca la posición que ocupaban nuestros enemigos, me detuve, pero creyendo distinguir entre las sombras un objeto, dí hacia adelante algunos pasos. ¡Cuál sería mi asombro, al ver allí un cañón abandonado! Lo reconocí al instante.

—Salvemos ese cañón que es nuestro— exclamé con energía—. El Comandante Grijalva se apresuró a obedecerme, mas, no era posible en el momento tal empresa, siendo preciso que el bravo Comandante fuera en busca de algunos compañeros para salvar esa arma, de las manos restauradoras.

Parece increíble, en verdad, que nuestros enemigos posesionados como estaban de las calles, no hubieran avanzado cuatro pasos y apoderándose de un cañón que decidiera con mayor prontitud, de la victoria, pues el soldado se siente abatido al ver

en poder del enemigo, un elemento que constituyera momentos antes su esperanza y su fuerza.

Pero, los Restauradores manteníanse prudentes.

Con grande entusiasmo de los Tulcaneños, fué recibido el cañón en el Cuartel; mas, era necesario saber dónde se hallaban los dos restantes, ya que todos habían sido abandonados a las 6 de la tarde hora de la confusión y el desconcierto.

Recordé al instante, el puesto que a cada cual había asignado con el objeto de resistir al enemigo rehecho, y salí con precipitación hacia San Francisco. Allí, con una de estas piezas, había dejado al Mayor Eguiguren.

Ordené a Grijalva me siguiera con unos pocos soldados Tulcaneños, resueltos como yo, a buscar el cañón hasta encontrarlo.

La oscuridad nos sustraía de las miradas del enemigo, pero a la vez nos ocultaba el camino, obligándonos a recorrerlo con los brazos extendidos a fin de percibir lo que buscábamos, de tan singular manera, entre las sombras.

En la calle Angosta y en dirección a San Francisco, tocamos con el segundo cañón abandonado.

Hacia la izquierda y al centro de esta larga calle, se abre paso la del Cuartel.

Atribuyo al temor de acercarse demasiado, el desentendimiento de aquel cañón de parte de los Restauradores que ya se habían apoderado de esos contornos.

Situada en esa misma línea, la casa de mi familia, forma una saliente que domina la calle Angosta y las que la rodean. Dueños los Restauradores de esa antigua residencia de mis abuelos, saqueáronla escandalosamente. Desde las ventanas, a la vez que detrás de los muros que hacen esquina, disparaban sus fusiles los contrarios, de quienes apenas nos separaba media cuadra.

—Ligero, arrastren el cañón—, ordené— y llevemos en brazos la caja de municiones.

Mas, al levantarla, sentimos que estaba vacía.

A tientas encontramos el pertrecho esparcido por el suelo.

—Que se recoja—, nuevamente ordené; pero, comprendiendo que iban a ser víctimas, dí para salvarles la voz de —pecho en tierra— sugerida por el extremo peligro.

Todos obedecieron.

La inquietud no me permitió tomar las precauciones que yo misma aconsejaba. De pie, con la vista fija en la casa de mis padres, esperaba la consumación de la empresa.

Vívidos como la luz de los relámpagos, brillaban entre la oscuridad los fogonazos de los rifles enemigos, y al golpe de la detonación sentíamos cruzar cerca de nuestros oídos la mortífera corriente de plomo.

Recogido el pertrecho, avanzamos lentamente, a pesar del enemigo que redoblaba su furor ante el ruido y aparato inevitable; mas, no por esto se acercaba una línea, ni sus tiros pudieron impedir que adelantáramos, paso a paso, en aquel camino en que la suerte nos protegió, visiblemente.

XIX

Llegamos a la calle del Cuartel.

Algunos soldados que habían salido a nuestro encuentro nos reemplazaron.

Yo los seguía.

Sorprendidos nuevamente los Tulcaneños, al ver el otro cañón que creyeron perdido, prorrumpieron en entusiastas exclamaciones.

—Mañana triunfaremos por completo, mañana peharemos más que hoy— repetían, mezclando sin inmutarse a estas reflexiones, los horribles detalles del anterior combate.

Tranquilos con la seguridad de una nueva victoria, decidieron entre cariñosas frases, darme un nombre que se relacionara con ellos, con su pueblo, con su partido; pues, en la Provincia llamada de Veintemilla por la Convención Nacional y antiguamente Carchi, a la que ellos pertenecen, no se conoce sino dos bandos que desde tiempo atrás, se odian profundamente.

No lejos de Tulcán, Capital de la Provincia, existe una montaña llamada Mayasquer, y como apodo insultante llamáronles a los nuestros Mayasqueros.

Mientras se afanaban por encontrar un nombre que respondiese al entusiasmo que experimentaban por mí, dejése oír una voz de entre un grupo.

—¡Que se llame la Mayasquera!—

Fueron acogidas con unánime aplauso estas palabras.

Aquel lenguaje rudo, tenía sin embargo, toda la dulzura del afecto, para el improvisado jefe de esos hombres.

¡Cuánto valor, cuánta abnegación! ¿Qué queda hoy para señalar lo que debiera ser imperecedero? . . . ni un sepulcro donde esparcir las flores de mi agradecimiento.

XX

Fuí en seguida al Palacio, deseosa de hacer conocer a los jefes que allí estaba el éxito feliz de nuestras empresas. Mas, ¡cuánta diferencia! El entusiasmo aparente que Franco y algunos otros manifestaron, hacía contraste con la helada sonrisa que produce el secreto terror de espíritu en ciertos hombres.

¡Qué amargo es ver la duda en el semblante de los que debieran dar ejemplo de valor!

Dominando no obstante, mi indignación, le dije:

—Tenemos elementos todavía para el triunfo; mañana venceremos. Entre tanto, guarden Ustedes las puertas grandes del Palacio que están cerradas y sin peligro, pues no hay cañones enemigos que puedan echarlas por tierra. Yo cuidaré el cuartel que se halla abierto y respondo que sea cual fuere el ataque de nuestros enemigos, no lograrán tomarlo.

La defensa del Palacio estaba asegurada con las ametralladoras.

Después de brindarles seguridades tantas, ¿Cómo podía yo dudar de que esos hombres no salieran de su ya manifiesto apocamiento?

Me alejé, en consecuencia, algo más tranquila y halagada por la esperanza.

Dividido el Palacio, del Cuartel por una calle estrecha, no dejaba de ser peligroso su trayecto. La luz que se reflejaba desde las puertas del Cuartel, era bastante para descubrir al que lo atravesaba. Siendo unos cuantos metros la distancia que nos separaba del enemigo situado detrás de los muros de la calle de la Compañía, podía fácilmente lanzarnos balas a la vez que amenazas e imprecaciones.

Decidida a permanecer a la defensiva durante la noche, dí orden de que no hicieran los nuestros un solo tiro.

Dos causas me obligaron a dar esta orden: El temor de hacer víctimas a nuestros propios soldados, que, ebrios, podían pretender regresar a su Cuartel, a pesar de los peligros, y el deseo de infundir confianza en nuestros enemigos, para que efectuaran un asalto sobre el Cuartel; asalto que yo creía seguro y que ellos quizá ni lo pensaron.

Ocultos como cazadores en la sombra, nos acechaban desde las esquinas, maldiciéndonos e injuriándonos sin adelantar un paso.

—¡Muera Veintemilla! —abajo la Dictadora!—
¡Viva la Religión! —eran los gritos repetidos
por esa turba ignorante a servicio de los ambiciosos.

Trémulos de furor, cumplían no obstante, mis órdenes los soldados; a consistir en ellos, habríanse lanzado sobre los que, tan sólo desde lejos, vociferaban valientemente; pero ni una palabra, ni una bala se dirigió de nuestra parte a los Restauradores: Queríamos algo mejor y más práctico que los denuestos.

De pie, entre los centinelas de las puertas, velaba yo y pretendía con ávidos ojos, penetrar en la oscuridad.

Sólo el reflejo de la luz portadora de la muerte, aparecía entre la lóbreguez de la noche.

Colocados los centinelas de un extremo a otro del Cuartel, daban la voz de alerta, a la que respondían los Restauradores con insultos, como si la atención y el orden en nuestras filas, aumentarían una saña que se parecía tanto al despecho.

El verdadero valor que repugna las bravatas, no existía, por lo visto, entre los Restauradores.

Así, pues, comprendí que no seríamos atacados.

¡Cuántas veces las palabras vanas dan la medida de los hombres! Y si es verdad, como dice Quinet, que la gloria exige algún ruido, pues no le gustan los hombres modestos, nosotros debemos agregar empero, que ella desprecia y se burla de los fanfarrones.

XXI

Eran las doce de la noche. Deseosa de hacer una ronda en el Cuartel, penetré en el interior.

Parte del Batallón dormía tranquilamente. Los soldados asidos de los rifles parecían prontos a responder a la menor señal. Casi medio batallón velaba relevándose para tomar descanso.

Todas las celdas del Convento de Jesuítas contiguas al Cuartel, y aún los corredores, fueron ocupados por nuestras tropas.

Los soldados al verme hacían cariñosas demostraciones.

—La hora de nuestro triunfo se acerca; estén listos a las cinco de la mañana— iba diciéndoles a medida que recorría el espacio en que se encontraban.

—Sí, Generalita, a las cinco de la mañana,— repetían con decisión.

Cuando hube recorrido las celdas y corredores bajos, encontré al extremo de éstos a mi familia.

El Convento de Jesuítas es en Quito un edificio muy antiguo y que se presta para ocultar a cuántos se quiera.

Varias familias habían sido colocadas en seguridad por los mismos sacerdotes; mas, a la familia de Veintemilla diéronle por asilo un lugar expuesto, cercano a la iglesia. A esto se debe el que pudieran reunirse conmigo en un momento dado.

Satisfecha de la decisión de los soldados, me retiré nuevamente al Cuartel. Comprendí que podía llevar a cabo y con buen éxito, el plan que había formado para sorprender a nuestros enemigos.

XXII

—La una de la mañana había sonado. Paseábame silenciosamente entre los centinelas de las puertas. Al fin podía hablar conmigo misma.

La idea de una próxima muerte era preferible a la derrota; derrota a que no podía resignarme en la creciente exaltación por entonces de mi espíritu. Los sucesos del día agolpáronse a mi mente con matadora angustia.

En tan corto tiempo había podido medir la grandeza como las fragilidades del espíritu humano.

Triste y meditabunda, deteníame a veces, cayendo en esa atonía sólo explicable después de una agitación tan prolongada.

Repentinamente volví de mi abstracción, creyendo oír un pequeño ruido, fijando la vista, noté a la opaca luz de los faroles, dos bultos que salían del Palacio y avanzaban proyectando su sombra en la pared. Eran dos individuos que tomaban precauciones para atravesar la angosta calle.

Antes que distinguiera claramente sus fisonomías, había yo adivinado quiénes podían ser.

La presencia del General Echeverría y el Comandante Franco, pues por tales les reconocí después, tenía un no se qué de fatídico.

—Queremos hablar con usted,— dijeronme, adoptando un tono y manera misteriosos.

Dirigíme en silencio hacia un corredor contiguo, desde el que no podían oírnos.

Franco se atrevió a hablar él primero.

Venimos— me dijo— porque es imposible resistir más tiempo y queremos rendirnos.

—¿Y a quién?— le pregunté indignada.

—La Plaza Principal está llena de gente que grita contra nosotros— prosiguió.

Desdeñando contestarle, pues sabía que era falso, miré al General Echeverría de una manera interrogativa.

Confundido éste, al ignorar que Franco abultaba los peligros para convencerme, contestó:

Es verdad lo que asegura el Señor—.

Pues bien—, yo misma veré esa multitud que llena la Plaza Principal.

XXIII

Encargué la vigilancia del Cuartel al Comandante Grijalva y me encaminé al Palacio seguida de los dos militares.

Llegamos a la Prevención, las puertas del Palacio permanecían cerradas.

Abran esas puertas— ordené al cuerpo de guardia.

—Pero, ¿cómo quiere así exponerse?— Decían algunos.

—Abran—, repetí, al mismo tiempo que hice señales a dos soldados para que me siguieran.

Sonó de repente una descarga dirigida por los enemigos que habían visto aparecer la luz del interior del Palacio, pero, yo salí no obstante, hacia el portal con los soldados.

Detrás de nosotros cerráronse las puertas.

Iban a repetirse las escenas de la primera noche en la requisita de los cañones.

—Sígueme— dije a los dos números de guardia que se apresuraron a obedecerme.

El silencio y la lóbreguez reinaba en torno. De cuando en cuando, los silbadores proyectiles iban a clavarse en los muros del edificio. Parecía que el ángel de la destrucción buscaba entre las tinieblas a quién señalar con sus caricias de muerte; sintiendo yo, en los revueltos giros del plomo algo como el chasquido siniestro de sus alas.

Escuchábanse a cortos intervalos, voces apagadas por la lejanía; pero estaba desierta sin embargo, la Plaza Principal.

Quise que mi salida no fuera entonces de menor provecho.

Próxima a descender las gradas del portal hacia la calle de la Concepción, volví a los soldados.

—Vamos hasta el palacio del Arzobispo— les dije—, y haremos salir a las compañías del batallón "26" que están allí porque ignoran lo que pasa.

Nada me contestaron: sin duda consideraban el riesgo a que esta resolución nos exponía.

Con todo, llegamos hasta la esquina de la Concepción.

Cuando penetrábamos bajo la arcada arzobispal, percibimos distintamente, voces que parecían rugidos.

Llegaron a mis oídos términos descompuestos. Eran ellos. A cuatro pasos de distancia estaban las tiendas dentro de las que se encontraba un buen número de Restauradores en estado de beodez.

Me detuve comprendiendo que al menor ruido estábamos en descubierto.

—¡Gran Dios!— ¿Tan cerca me hallo de esos hombres? —exclamé a tiempo que mi mano asía el revólver con un movimiento desesperado.

Entre el temor de caer en poder de esa soldadesca y el dolor de renunciar a mi proyecto, permanecía indecisa.

Mis compañeros procuraban regresar cautelosamente al portal del palacio suplicándome sin cesar con voz misteriosa que les siguiera.

También era peligrosísimo el regreso.

Mientras tomaba el camino que la necesidad a la vez que la prudencia me imponían, —he de triunfar con todo—, me dije y seguí entonces a los soldados sin vacilación alguna.

Pisando ya las graderías del portal del Palacio, percibieron los contrarios nuestros movimientos.

Salen de las tiendas y adelantan procurando distinguir la causa del ruido que hicimos inadvertidamente, al retirarnos.

Partió del lado de ellas una descarga impotente para alcanzarnos, como ciega era su ira para desde tan cerca ofendernos.

Los soldados, mis acompañantes, tomaron en esta vez, el rumbo de Palacio en apretada carrera.

Me era imposible seguirles con idéntica celeridad, pues el peligro mismo, dió más orden y cautela a mis pasos.

Destacábanse los enemigos sobre un fondo luminoso que no era otro que el de las tiendas abiertas. Yo seguía con la cabeza vuelta hacia atrás,

al retirarme, la silueta fantástica de esos hombres, con una especie de alucinación. Veía en ellos algo como unos aparecidos del Infierno.

Mas, prudentes siempre, vuelven a hacer otra descarga que habría sido funesta para mí, si guiada por el instinto de conservación no hubiera buscado el recodo que forma el muro en la escalera del Portal.

Allí permanecí algunos momentos. Sola en medio de mi angustia no encontraba ya salvación sino en la muerte.

Habiendo mis enemigos salido de las tiendas, llegaron hasta el pie de la escalinata de piedra a que me he referido.

Túveles un instante a dos pasos de mí.

Apenas si me atrevía a inclinarme con el revólver en la mano para espiar sus movimientos. El más ligero ruido podía atraerles.

No viendo bulto alguno que confirmase sus sospechas, retiráronse nuevamente a las tiendas.

Yo permanecía inmóvil. Así como un ciego quiere inútilmente romper la masa de sombras que le circunda, poniendo en movimiento el cristal sin brillo de sus ojos, hundía yo los míos en la oscuridad, sin percibir el punto de salvación y de mis ansias.

Al fin, entre el silencio que sucedió a esta escena, me dirigí al Palacio tentando sigilosamente las paredes.

XXIV

Encontré en grande alboroto a los jefes que habían conocido de antemano mi empresa. Un ¡Ah! de satisfacción escapó de sus labios cuando me reconocieron, no dándoles tiempo para mayores explicaciones les dije entonces:

—La Plaza Principal está desierta—. Mañana al despuntar el día venceremos. Nuestros enemigos son

inferiores; no cuentan con cañones ni ametralladoras. Podemos todavía dar un golpe decisivo. Atacaremos a las cinco de la mañana sorprendiendo a los que nos sitian. Yo saldré hacia el sur con doscientos Tulcaneños y un cañón; hacia el norte atacará el Comandante Leonidas Grijalva con los restantes, y Franco con la columna de su mando y las ametralladoras, permanecerá en los ángulos de la plaza guardando el cuartel a la vez que protegiendo nuestra retirada en una eventualidad cualquiera.

Cuando comuniqué a los soldados del "Tulcán" esta resolución, llenáronse de entusiasmo; mas, para el jefe de la Columna de Ametralladoras, nada bastaba. Obstinado en la triste idea de que sin el Batallón "14" no podíamos triunfar, empleaba todos los medios que estaban a su alcance, para perdernos.

Más tarde, cuando estuve prisionera, hizo guardia en la cárcel un negro subteniente, natural de Esmeraldas, apellidado García. Relacionaba estos hechos con los más pequeños detalles.

—Allí estuve yo— Me decía; —la conocí en la Prevención, donde fui mandado de parte de los nuestros para hablar con el Comandante Franco cuando quería entregar el Palacio. A menudo García recordaba todo cuanto había ocurrido entre Franco, y el enemigo.

En tanto, yo abrigaba el convencimiento de que dicho jefe alentado con una comisión que ofreciera menos peligros, ejecutaría fielmente la parte que le estaba recomendada.

Triste creencia que me obligó a tomar medidas enérgicas y salvadoras. Y ¡cuán fácilmente las habría dictado entonces! La orden dada a los tulcaneños, de reducir a prisión a dos o tres que eran los débiles, y colocarles bajo la vigilancia de estos soldados en el Cuartel, habría sido bastante.

Franco no contaba con la sumisión de toda la columna a sus cálculos. Oficiales pertenecientes a nobles familias como los Dávalos, Enríquez y otros, eran valerosos, e ignoraban también las tramas, estando por su parte, siempre listos para combatir.

Era de no difícil ejecución el plan que llevo enunciado.

¿Qué importaba si sucumbíamos combatiendo, o si éramos prisioneros después de agotar los últimos recursos?

Dirigíme por centécima vez al Cuartel, después de suplicar al General Echeverría fuera a tomar el descanso que necesitaba y asegurándole que sería avisado antes de las cinco de la mañana.

En el Cuartel reinaba la calma, los centinelas cumplían su consigna y los oficiales velaban en la Prevención.

Al verme agrupáronse en torno mío, comprendiendo que sucedía algo grave —listos estamos para todo— dijéronme después de mil preguntas que muy a la ligera satisfice.

Con el objeto de manifestarme su decisión completa, entablaron animados diálogos sobre su futura suerte, encargándose de mutuo los cuidados de la familia, al que sobreviviese.

La aurora comenzaba apenas a bosquejarse sobre las montañas, cuando ordené al Comandante Grijalva alistar a su batallón.

Me dirigí en seguida al palacio y dí aviso al General Echeverría de que llegaba la hora de la salida. En cuanto a Franco debía esperar la señal.

Mientras yo penetraba hasta los corredores del convento para hacer salir a la tropa allí diseminada, el General Echeverría adelantó unos pasos para saludar a su hija Ana que se hallaba cerca asilada junto con mi familia.

XXV

Nos preparábamos con la prudencia y sigilo requeribles, para sorprender al enemigo.

Próximos todos a descender a la Prevención en la que debíamos reunir las fuerzas, oyóse un ruido extraño.

Un hombre se precipitaba a la carrera gritando: ¡Socorro! ¡quieren matarme! ¡Han tomado el Palacio! he escapado de la muerte . . .

Era el Comandante Guillermo Franco, que, pálido y fuera de sí como un demente, pedía favor.

Antes de conocer los detalles de lo ocurrido en el mayor silencio dentro de la casa de Gobierno, dije a los que me rodeaban.

—Pues bien, tomemos a dos fuegos el palacio—.

Siguiéronme resueltos.

El doctor Ascencio Gándara notable médico, Gobernador de Quito, y que seguía nuestra suerte con serenidad y valor, se puso a mi lado.

Mas, cuando descendíamos a la Prevención trepaban por la escalera gritando llenos de terror, los soldados.

—Tomaron las ametralladoras y estamos perdidos; vámonos a refugiar donde los Padres!

Imposible fue detenerles. En medio de la inmensa gritería y confusión, cada uno se esforzaba por cobijarse el primero, bajo la Divina Misericordia, representada por los sacerdotes del Colegio de San Luis.

Estos, recibieron a los vencidos con el desdén propio de quienes lejos de esperar ya favor, temen que se lo pidan.

Yo seguí a los soldados con dolor y con rabia; mas, cuando comprendí que para ellos no había la melosa compasión ofrecida horas antes, increpé a algunos padres que habían acudido, su tristísimo renuncio.

XXVI

Desde aquel momento se operó en mi ánimo una transición brusca. Lejos de llorar la victoria perdida, sentí una indignación que me llevaba al opuesto extremo de las lágrimas. Hirvieron en mi cabeza por un instante, los pensamientos más funestos, sucediéndose al cabo, un arranque desdeñoso para la humanidad entera.

Corrieron a mi encuentro mis tías y demás compañeras.

Entre los prisioneros distinguíanse el doctor Ascencio Gándara, el General Echeverría, los jóvenes Espinosa y Gándara, el doctor Paredes Cirujano de un Batallón, Guerrero y otros tan valerosos como fieles amigos.

El Comandante Leonidas Grijalva, manifestó hasta el último la entereza de un verdadero militar.

Reunidos todos, dirigímonos una mirada que no tiene traducción en el común lenguaje.

Allí estaba Franco también. Nunca pudo parecer un hombre de estatura moral más pequeña.

¿Como había entregado el palacio? Triste es decirlo.

Logrando ponerse en comunicación con los enemigos, manifestóles que estaba pronto a cesar en la resistencia, con la entrega de la Casa de Gobierno.

Los Restauradores que temían ser engañados, no aceptaron en todo el transcurso de la noche, esa oferta dictada por un sentimiento hartamente dudoso en tales circunstancias. Uno de los negociadores fue el ya citado Subteniente García.

Por fin, antes de la madrugada le dá aviso de que si no aprovechan de ese momento, todo sería inútil.

Se deciden, y tomando grandes precauciones llegan hasta la ventanilla que corresponde a la sala de la Prevención.

—¿Ustedes ofrecen garantías para mí?— preguntales el mal subalterno de nuestra causa. Ellos al oír su temblorosa voz, sienten desvanecerse las últimas sospechas que albergaran.

—Sí— contestan, procurando ocultar la ironía que guardaba esta promesa.

Entraron, finalmente.

Al verles, uno de los oficiales, —creo que Enríquez,— preparó contra ellos una de las ametralladoras, e iba a hacer fuego cuando le detuvo Franco gritando:

—Basta ya—, ¡estamos rendidos! . . .

Una vez apoderados de las armas, lanzóse el Coronel Aguirre sobre Franco.

—¡Miserable! No hay garantías para tí— le dice, y asiéndole por el cuello, le derriba.

El pusilánime jefe haciendo un esfuerzo supremo, logra escapar de las garras que le oprimen, llegando en desalada carrera a pedir auxilio a esos mismos que acababa de entregar, villanamente, al enemigo.

XXVII

Sea cuál fuese el móvil que impulsara a Franco, aparecerá siempre culpable. Si creyó que éramos débiles, ¿por qué no pensó en resistirse como los demás comprometidos ya por el honor, en una causa tan justa?

En el número 6º de los "Principios" se dice:

"La noche silenció los fuegos, y las sombras fueron disipadas con innumerables faroles que manos solícitas colgaban en todos los balcones contra la orden de las noches anteriores en que la ciudad había permanecido desierta y en tinieblas. Acampadas las divisiones en las posiciones adquiridas en las trece horas de combate, los señores Generales Salazar y

Sarasti daban disposiciones convenientes para hacer volar al enemigo que creían resistiría aún para cedernos la victoria. Pero Marietta, la valerosa joven, genio del mal pero genio único de la dictadura, que había dispuesto el fuego de las ametralladoras, revólver en mano, se refugió donde los jesuitas; los demás jefes habían huído sin ver el combate y los soldados que se portaron heroicamente durante el día, se desbandaron por la noche o esperaban una persona a quien rendirse. La aurora alumbró la victoria; nunca ha rayado para la capital un sol más bendecido . . . jefes, oficiales, soldados, ametralladoras, cañones, rifles, numeroso parque; todo cayó en nuestras manos."

XXVIII

Es de notarse la circunstancia de que la última parte, en la que caímos prisioneros, no han querido relatarla esos cronistas tan bien enterados de todo, por los detalles insignificantes que consignan.

A Quito entero le consta nuestra actitud de última hora, la traición de que tuvieron que valerse a las cinco de la mañana, los Restauradores, para adueñarse del Palacio sin quemar un solo cartucho.

Hechan un velo sobre ese epílogo porque seguramente, no les favorece.

—La aurora alumbró la victoria: nunca ha rayado para la capital un sol más bendecido . . . jefes, oficiales, soldados, ametralladoras, cañones, rifles, numeroso parque, todo cayó en nuestras manos— afirman los plumarios.

¿Cómo no se da cuenta precisa de la manera que cayeron estos elementos en su poder?

¿Qué dicen de Franco y los Parlamentarios que se entendieron con éste?

¿Era posible sin haberse puesto antes de acuerdo, sorprender los restos de un ejército en armas todavía y que hasta se preparaba a tomar la ofensiva, cual llevo dicho anteriormente?

Los cuatrocientos cadáveres y cerca de mil heridos que cayeron en el choque de ambos ejércitos, responden a la resolución firme por nuestra parte. Jamás Quito había presenciado un derramamiento de sangre igual al del 10 de Enero, pues, las anteriores revoluciones no tuvieron el desenlace terrible de ésta, dentro de los muros de la ciudad.

Cúlpese en todo caso a la tragedia, no a los que sostenían el orden establecido, sino a aquellos que forzaron el paso de la capital de la República, creyéndola abandonada por la ausencia del Dictador.

En aquella alborada, quedé convencida entre el despecho natural de una mala suerte, de que no en todos los sucesos humanos tiene la debilidad femenina la peor parte.

Sin las vacilaciones de algunos hombres, hubiérase visto quizá, en la capital del Ecuador, el digno desenlace del drama del 10 de Enero, para el que no habría faltado tampoco a una mujer, la suficiente energía.

(continuará)



— S U M A R I O —

El Museo Municipal de Arte e Historia.—(Editorial)	I
Discurso del Sr. Alcalde de Quito, Dr. Carlos Andrade Marín , en la Sesión Solemne conmemorativa del CDXXII Aniversario de la Fundación de Quito	1
Gesto ejemplar de un filántropo	8
Gonzalo Zaldumbide y su obra literaria.— Por Humberto Vacas Gómez	12
Exposición de Mariano Villalobos sobre su expedición al País de la Canela	28
Expedición de Francisco Requena a la antigua ciudad de Logroño	43
El Río de San Francisco de Quito.— Por Gustavo Barroso . .	53
Condolencia de la Junta Suprema de Santa Fé, al Cabildo de Quito por las víctimas del 2 de Agosto	61
Inmolación fecunda.— Por Norberto Solano Lozano	63
Bolívar—Poeta.— Por José María Samper	70
Crítica al canto a Junín.— Por Bolívar	79
Cronistas españoles de la conquista americana.—Fray Bartolomé de las Casas.— Por José Clemente Bognoli . .	86
Flor de los Andes.— Por Juan León Mera	93
Tradiciones Quiteñas.— Por Laura Pérez de Oleas Zambrano .—La Sandalia del Milagro	103
Aprendiz de Bandido	113
Monumentos Coloniales.—El Rollo de Cuenca	122
La Gruta de Rumichaca.— Por Wigberto Dueñas O.	133
Páginas de la Historia.—Capítulos Tercero y Cuarto.— Por Marietta de Veintemilla	141

Si Ud. conserva manuscritos inéditos de valor histórico, hágalos conocer por medio de las páginas de "MUSEO HISTORICO".

Si Ud. los obsequia al Museo de Historia de la Ciudad, hará obra de verdadero patriotismo y constará en la nómina de sus benefactores.

El pasado es el maestro del porvenir.

Pueblo sin Historia es pueblo anónimo.

Para todo lo relacionado con
este Boletín y Publicaciones
Históricas del Concejo Capi-
talino, diríjase al Director del
Museo de Historia de la Ciu-
dad de Quito,

Señor Jorge A. Garcés G.

QUITO—ECUADOR

Apartado Postal Núm. 3054